

ANTONIO GALA

UNA SEÑAL EN EL CORAZÓN

(ANTOLOGÍA)



PRELIMINAR Y SELECCIÓN

JOSÉ INFANTE

ANTONIO GALA
UNA SEÑAL
EN EL CORAZÓN
ANTOLOGÍA

PRELIMINAR Y SELECCIÓN
JOSÉ INFANTE

Primera edición: 2.000 ejemplares

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE CULTURA

© De la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE CULTURA

© De la selección y el prólogo: José Infante

© Del texto: Antonio Gala

Colabora:



ISBN: 978-84-9959-215-2

Depósito Legal: SE 570-2016

Imprime: Tecnographic, S.L.

UNA ANTOLOGÍA NECESARIA

Resulta muy difícil acotar y clasificar la obra completa de Antonio Gala, a cuya producción teatral y periodística, se suma la narrativa, la poesía, el ensayo o sus celebrados guiones para televisión. El escritor José Infante –amigo del que celebramos como Autor del Año de Andalucía– ha realizado una antología tan inteligente como necesaria, centrándose fundamentalmente en su obra poética, a veces inexplicablemente menos conocida.

Así que, junto con el reconocimiento de toda la producción literaria de Gala, a través del presente volumen la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía hace una clara reivindicación de su poesía, para darle la visibilidad que sin duda merece y acercarla a la ciudadanía. Esta colección de versos supone un viaje a la esencia literaria de este autor cordobés nacido en Brazatortas. Y es que Antonio Gala lo primero que dio a conocer de su condición de escritor de raza fueron precisamente sus poemas, tanto los de “Perseo”, recobrados tardíamente entre sus “Poemas de amor” de 1997, o “Enemigo íntimo”, que le valdría un accésit del célebre premio Adonáis, en 1959.

José Infante incorpora parte de estos títulos, a sus libros restantes como 11 sonetos de La Zubia, 1981, 27 sonetos de La Zubia, 1987, Poemas cordobeses, 1994, Testamento andaluz, 1994, al que Manolo Sanlúcar dedicara una brillante partitura, o sus textos de ida y vuelta desde el Caribe a Samarkanda, pasando nuevamente por Andalucía, bajo “El poema de Tobías desangelado”. “La acacia”, “Baladas y canciones”, “Sonetos para Mirta”, “La deshora” o “Meditación en Queronea” constituyen otros importantes hitos de su memoria lírica, en gran parte inédita todavía. He ahí otro de los valores sustanciales de estas páginas. La exploración rigurosa pero cómplice de un territorio poco transitado pero en el que reconocemos la identidad de Antonio Gala, sintetizada en la búsqueda de la belleza a través de la palabra.

Hay una clara voluntad de música en sus versos, en los que está presente la ironía y la rebeldía del autor a través de un largo recorrido por un mundo inquieto que lleva desde el sur de su tierra a Santiago de Chile, a través de una sucesión de paisajes por donde aflora su raigambre andaluza y su vocación de andaluz universal.

Aunque su poesía, que ahora abandera este libro, no sea tan conocida del gran público, el gran público conoce al poeta Antonio Gala, ya que su buen gusto lírico está presente en sus narraciones, en sus ensayos y en su teatro, aunque su talento haya sabido administrarlo en pequeñas dosis para crear un estilo propio reconocible en toda su obra literaria.

Estamos de enhorabuena, convencidos de que esta antología hará crecer la gran comunidad de lectores de Antonio Gala.

ROSA AGUILAR RIVERO

Consejera de Cultura
Junta de Andalucía

Pone me ut signaculum super cor tuum

Cantar de los Cantares de Salomón

PRELIMINAR

José Infante

He querido poner como cita al frente de esta *Antología* de textos de Antonio Gala, la que él mismo utiliza, sacadas del *Cantar de los Cantares*, para terminar las *Palabras Previas* que escribió para presentar sus *Poemas de amor*, la antología poética que publicó en 1997. Y he decidido titular también con ellas este libro que recoge algunos de los escritos del que ha sido proclamado Autor Andaluz del Año de 2016. Y lo hago convencido de que estas palabras son la mejor manera de resumir, de forma austera y sencilla, la trayectoria literaria de Gala, también el mensaje más diáfano que ha querido dejar con su obra, múltiple, brillante y decididamente poética. Porque sí, como el propio Gala ha dicho muchas veces, citando a Platón, la poesía es la poiesis, la idea de creación que va tomando la forma del recipiente en que se vierte, ya sea poesía de poema, de relato, de novela o de drama, incluso de artículo periodístico o de guión para televisión, en su caso se cumple con absoluta fidelidad y precisión. Pues en la obra de Antonio Gala, la poesía es la nuez alrededor de la cual ha ido construyendo todos y cada uno de sus libros. La que está en el centro de su cosmovisión y de la forma de trasmitirla a los demás.

Es tarea imposible en unas pocas páginas recoger siquiera una pequeña muestra de la obra de Antonio Gala, no solo por lo amplia y compleja que esta es, sino por la variedad de géneros que ha tocado en su larga y rica carrera literaria. Poeta, autor dramático, novelista, ensayista, articulista, guionista de cine y televisión, y además personaje público controvertido y polémico que con el estilete afilado de su pluma se ha convertido en un agitador social y un fustigador de conciencias desde las tribunas de los medios de comunicación en los que ampliamente también ha colaborado durante los últimos sesenta años. Por eso esta antología debía partir de una decisión previa: ceñirse solamente a unas determinadas parcelas de su obra. Porque esta ha sido recopilada y antologada de muy diversas maneras y desde distintos frentes, el Gala Andaluz, el Gala amoroso, el Gala cordobés, el Gala tronante, el Gala bicéfalo y hasta la quintaesencia de Gala.

Era extraordinariamente difícil orientar pues esta antología, que a la vez fuera totalizadora y no repetitiva de otras que se han realizado. Por todas estas razones he puesto especial atención a su obra poética, que es acaso también la menos conocida y la que más tiempo ha permanecido secreta por el pudor que el propio autor ha confesado a la hora de compartirla con los demás. La poesía y el relato, que fueron los dos terrenos primeros por los que transitó su obra en los comienzos de su carrera literaria. Un relato que preludiaba ya desde sus inicios el novelista que

aparece muchos años más tarde. Pero había que dejar aquí también siquiera alguna muestra de sus otros quehaceres y trabajos, el artículo, el ensayo y el drama. Y como difícilmente podían extraerse de sus novelas o de sus numerosas comedias páginas dispersas sin traicionarlas de alguna manera, decidí recurrir a algunos de sus textos dramáticos para televisión que por su extensión sí podían figurar aquí sin quedar fragmentados.

Poesía, relato, pequeños ensayos, artículos y textos dramáticos han ido articulando así esta antología de Antonio Gala, en la que destaca la absoluta coherencia de su obra total y la fidelidad a los principios que desde sus comienzos la guiaron, la búsqueda de la belleza, la persecución de la justicia, la aspiración a la esperanza, la pasión por el lenguaje, la fugacidad del tiempo, la muerte y el naufragio constante del amor, la solidaridad y la defensa de causas casi siempre perdidas, y siempre con hondura y brillantez, el tono meditativo y de introspección, el humor, la ironía y hasta el esperpento, la historia y su interpretación ante la realidad. Y Andalucía, como una pasión y como un destino.

En 1959 Adonáis daba voz con *Enemigo íntimo*, a un escritor que habría de convertirse en una de las personalidades literarias más destacadas de la segunda mitad del siglo pasado, un decidido renovador del teatro y en el hombre público que con su brillante y controvertida personalidad ha trascendido el terreno natural y minoritario de los literatos hasta llegar a convertirse en un fenómeno sociológico. Porque en el caso del autor Antonio Gala ese fenómeno que le ha acompañado en gran parte de su carrera literaria y que ha supuesto un grado de popularidad infrecuente en un escritor en nuestro país, también es un elemento que ha desenfocado por lo menos, ha desvirtuado en parte el justo y objetivo aprecio y conocimiento de su obra.

ENTRE EL CANTO Y EL COMPROMISO

Los inicios poéticos de Gala están influenciados tanto por el grupo “Cántico”, como por los poetas que se reunían en torno a “Caracola” de Málaga, y los de “Arquero” y “Aljibe”, que es donde comienza a colaborar, pero también por esa dualidad que siempre ha existido en la poesía andaluza, entre un cierto barroquismo en el lenguaje, y el tono austero y meditativo; entre la búsqueda de la belleza y la interpretación de la realidad, entre la comunicación sensorial y emocional y la aspiración del conocimiento. Una manera de decir de la tradición de la poesía andaluza que contiene por igual la sensualidad, el lirismo y delicadeza de los poetas arábigo andaluces y el clasicismo y contención de la tradición greco latina. Por ellas circuló la obra primeriza de Gala que poco a poco va haciendo también suyas todas las características de la generación del 50 a la que indudablemente pertenece, una postura ética que no huye del compromiso pero que se despegas de

las simplificaciones estilísticas en las que había caído la llamada literatura social y el realismo crítico, el rescate del lenguaje poético español tanto del frío y vacío formalismo como de la ramplonería y simplificación del tremendismo.

En el teatro, Gala con el estreno en 1963 de *Los verdes campos del Edén*, que significó su triunfal aparición en el mundo teatral español, rompe con el teatro de cartón piedra que se hacía en la posguerra española, también con el teatro de evasión y la comedia ligera y frívola que propiciaba la censura de la época. Un aire fresco y renovador representaron sus primeras comedias que participaban por igual de un lenguaje poético por elevación, que de un simbólico realismo que poco a poco fue acentuando su más rotundo perfil acerbamente crítico y moralizante. Igualmente podría decirse de sus guiones de televisión, tanto en las comedias de serie como en su más personal aportación al lenguaje televisivo que significaron *Si las piedras hablaran* o *Paisaje con figura*.

Podría afirmarse que toda la obra de Antonio Gala, la poética, la dramática, la novelística, la que han ido conformando y articulando su pensamiento en miles de artículos, en lúcidas páginas de reflexión y ensayo sobre temas tan decisivos como la libertad, el teatro, la historia, España y de manera muy especial Andalucía, participan no solo de las mismas preocupaciones y del mismo tono meditativo, también de un estilo que se ha ido convirtiendo en denominación de origen. Es cierto que su obra fundamental se encuentra en su teatro al que ha dado no solo carácter de alta literatura, y para el que ha reivindicado su papel de espejo de la realidad y de gran metáfora de la sociedad, sus decisivas incursiones en la novela de ficción y en la novela histórica y al lenguaje de la televisión sería imposible comprenderse ya por separado.

La tradición clásica, la búsqueda de la belleza, el amor, Andalucía y su forma exuberante y desdénosa, sabia y paciente de vivir la vida, la muerte y comprender el mundo, España y su historia, la soledad aceptada, las aspiraciones del ser humano, la búsqueda de la serenidad, la solitaria solidaridad –como él ha dicho tantas veces– han sido los espejos en los que la obra de Antonio Gala se ha mirado, se mira constantemente y en donde ha ido encontrando su personal lenguaje, estilo y manera de expresión. En sus poemas y en sus comedias, en sus guiones de televisión y en sus novelas, en sus ensayos y artículos de crítica y reflexión y en sus airadas *troneras* enlaza la tradición con la modernidad, con el siglo de Oro y con Lorca, con Valle-Inclán, con Pérez Galdós y con el mejor 98. También con el regeneracionismo tantas veces frustrado en nuestra historia.

Gala a veces ha parecido un predicador que grita en el desierto porque hay también en él esa faceta de solidaridad por las causas perdidas y de los marginados, que está igualmente en Lorca y su defensa de los negros y de los gitanos. Se le ha comparado

a Sócrates por la utilización del poder de la seducción para arrastrar a las masas y por el sofismo de algunas de sus propuestas. Y se ha recordado a Wilde por su ingenio y la manera de aguijonear a la misma sociedad que le aplaude y celebra. Con Brumel y con Séneca porque como ellos ha fracasado en la educación de un príncipe. El príncipe al que intentó educar Antonio Gala, la España democrática, se hunde hoy día camino de un anunciado y recurrente fracaso. Pero no hay que olvidar que el mismo hombre que ha intentado derribar gobiernos a fuerza de troneras, el que adoró a Andalucía y clamó por sus males endémicos, el que creó esa fantástica *truhana* que atraviesa la geografía española huyendo de los corruptos que abusan del poder, es el mismo que escribió estos versos llenos de sabiduría, de esperanza, de armonía y de serenidad.

CUANDO YA IBA A MORIR, VOLVIÓ LA CARA.
Vio el rosa de la sal, los anchos cielos,
el temblor del trasmallo, las aves migratorias.
Vio el jazmín, la pineda,
trigos, olivos, cantes destrenzados.
Vio la belleza que no atardece nunca...

Se vio a sí mismo: pródigo,
pacífico y sapiente,
y enriqueció la tierra con su huella.
Nunca tuvo más fin ni más principio...
Al despedirse de la Andalucía,
sintió el sabor salado de la muerte...
Guadalquivir mi corazón se llama.

Por cierto esta Antología podría haberse llamado también *Guadalquivir mi corazón se llama*.

ANTOLOGÍA

POESÍA

PRIMEROS POEMAS

ELEGÍA DEL CAMINO VIEJO DE ALMODÓVAR

LA INTERMINABLE LEPROSA DE LOS DÍAS
granizará su frente: intacta, libre ahora
tal paloma volando entre pinares.

Muralla carcomida
por la insistencia firme del ariete
lento y seguro, se hundirá su cuerpo
y en el mármoleo fuste palpitante
se clavará la estría hasta el desgarro
y ha de silbar el junco entre la ruina.

Entonces, el descanso, presentido
por las cosas, de tibia Primavera
no cambiará sus manos insensibles,
ni florecerá lirios al temblor de sus dedos.

El fragor silencioso con que el tiempo
anonada lo bello y lo sumerge
en las aguas inmóviles, oscuras,
ensordece el eco de su oído
al trino, al mar, al beso, a la palabra,
al milagroso aroma del silencio.

Limpios alfanjes trizarán las mieses
y al árbol armonioso, lanza alzada,
derrotará segur anardecida.

Oh tierra, que recibes –tierra sólo–
aquello que fue vida, luz, ternura.

El efímero tacto de las nubes
se eternizará en piedra: la invisible
huella de el ave, grito y bronce diese;
permaneciera la onda inconvencible;
la arena, guardadora de secretos,
y el cuerpo suyo –arena, nube, pájaro,
ola fugaz– otoño segaría.
Oh Belleza, qué breve y qué lejana:
tu flor, abierta apenas con la aurora,
más de un rocío nunca, blando, besa.

Yo quisiera beberte en el instante,
saciar mi afán de paso por tus fuentes,
pero ¡ay!: tu dulce encanto leve siento
como una maldición sobre mis hombros.
Porque, oh Belleza, tú te pierdes; cruzas
la oscuridad, así, la estrella rota;
desapareces apagadamente,
pero en los ojos tu recuerdo brilla
y un sabor de tu sed queda en los labios.

(Revista Platero, 1954)

INASIBILIDAD DE LA BELLEZA

LA VIDA ES COMO UNA
ciudad abandonada
en cuya cercanía desatase
la ruidosa fiesta su alborozo.
¿Dónde estás, oh Belleza?
Pues los amargos vamos a tu encuentro
sin esperanza alguna, Están los cálices
siempre a punto de abrirse y el helado
espíritu aparece junto al beso.
Sólo la invencible
llena de inútil sombra nuestras manos.
Hechízanos la falsa profecía
y su hermosura peligrosa ofrece
bella ceniza cuando el amor muestra
su grácil cuerpo, tentadora alcándara,
que a la llama, en la noche, se abre como
del arrayán de olor los pebeteros.
Mas no vas tú a su lado, oh Deseable.
No es tu viento el que anida en la alta rama.

¿Dónde buscarte, en qué terrible cima
tu rostro de oro fluye? Pues las puertas
ha tiempo se cerraron insensibles,
salvo la más oscura
que lleva a la heredad de los amargos.
Del otro lado del encanto, oh sabia
Belleza, en tanto desmorónanse los pétalos
y el otoño desciende a las hogueras,
moras gentil en el durmiente bosque.
En el duro silencio, rodeado
de cítaras, buscamos vanamente.
Vanamente deshoja la dulzura
del arpa su canción de abril y el pánico
instrumento se alegra en nuestros dedos.
Porque, oh Belleza, tú lejana eres.

Vendimiador de espinos
cruza el amargo: un vuelo de oropéndola
engañó su mirada. Sombras, sombras.
Vamos a ti con las cansadas manos
vertidas, con los labios temblorosos,
y entre himnos de fina luz, sonrías
detrás del Sol, velando tu sorpresa
única, en pie, total como la muerte.

(Revista Caracola, nº 36, 1955)

CÓRDOBA

RESUCITAR, RESUCITAR Y VERTE,
oh nativa ciudad de la Belleza,
por la que a solas y en silencio vagan
tiernamente enlazados los amantes.

Hija del Sol, Luzbel de la tiniebla,
donde el pecado es bello como un príncipe
que no abrió a más amor muralla de oro
que al que vino con labios entreabiertos.

Ver al humano amor desesperarse
por tus agrias esquinas, al pausado
paso de la Belleza irresistible
que al rostro su purpúreo encanto arroja.

Ver del amor los seductores gestos
en tu patio de mármol y jazmines,
oh amargo manantial, mientras derraman
su aljofarada voz los surtidores.

Buscar en la implacable noche el beso
cuyo precio es la vida, cuando, oculta,
el alma desfallece de deseos
que el dolor solo puede enmudecer.

Oh ciudad inmortal y agonizante
poblada por oscuros solitarios
que al mudo ofrecimiento, con la cárdena
sonrisa del amor cruel sucumben.

Ciudad enarbolada de deleites
cuyo secreto corazón habitan
dioses frustrados que el amor consume
con el llameante yelo de sus ojos.

Desconocida la Belleza siempre,
cruza tu rumorosa plaza en sombras,
mustiando albahacas y alhelís
con su arrebatadora realeza.
Rasga el agudo olor de los geranios

la blanca fiebre de tus muros y arde
el césped del recuerdo entre las piedras
antiguas que a la vida nos empujan.

La irrespirable madurez de agosto
que un verde son de tiorbas embriaga
enardece en salvajes amarantos
la palidez de los adolescentes.

Cuando la reposada luz entorna
los plateados párpados del río,
gozosamente blande sus espadas
la Belleza y a aquel que desafía
se estremece de gozo al dulce ultraje.

El ávido sabueso de la sed,
oh deidad sedienta, te recorre,
y entre el brillante grito de los pífanos
muerden las cortesanas gruesos tallos.

Voz y ademán de amigo tiene el aire
dentro de ti, olvidada del granero
que se incendia y la plata que se oxida,
dueña del vuelo y reina del que pasa.

Resucitar, resucitar del duro
alejamiento entre tus brazos, para
juntos morir, oh delicada mía,
orillas del juncal y el jaramago.

Hecha añicos, la mágica redoma
del misterio, derrámese en tu umbral,
y un portazgo de lívidas adelfas
por encontrarte paga el pordiosero.

Resucitar cada mañana y verte,
oh ciudad de los hombres, como un cántico,
desnuda al sol con que a los hombres nace
la insegura verdad de cada día.

(Revista Cántico, nº 11 y 12, Córdoba, 1956)

PERSEO

EL SUR

Y NOSOTROS ¿QUÉ HAREMOS?
Los nacidos en tierras soleadas,
donde todo es como una jadeante
pedrería, que cálida alimenta
al indomable tigre del verano.

Donde cada tiniebla es el refugio
de voraces amantes, cuyos ojos
pregonan al pasar su sed urgente,
y al río van cogidas las cinturas.

Donde el amable peso de sus alas
impide defenderse a la Belleza
de un proceloso bosque de caricias.

Los nacidos en tierra de naranjos,
entre los cuales un ciprés levanta
asombrado su espíritu, qué haremos
si un ardiente desorden nos envuelve
e inseparable tras nosotros, roja
como una cauda, repta la indolencia.

¿Qué haremos los ungidos con el óleo
antiguo, si pisarnos sobre aquello
que muerto hace crecer a las granadas
y cuya ruina de olivar quemado
aún desea besar con nuestra boca?

¿Adónde miraremos
si por doquier florece la nupcial
campánula y desnudo el cuerpo se echa
con regalo en la yerba, y lo extasía
el singular color de las cantáridas;
si un sabor tiene el alba no gustado

a manzana primera, y de ella muerde
también corporalmente el pensamiento?

¿Dónde está la Belleza?, me pregunto
y entre mis labios húmeda desliza
Amor su lengua y falsa su respuesta ...

Nos entorna las almas el olvido
que los frutales muslos nos exigen
en su hermoso delirio y, señalados
con los salvajes besos de la noche,
nos dejamos llevar por los perfumes.

Pues si lánguida y verde adormidera
es el aire, y se enreda en sus columnas
la carnosa sazón de la mandrágora,
qué otra cosa es posible
para los que nacimos en el sur,
sabemos el impío
secreto de las selvas y bebemos
la púrpura del sol de mediodía.

ENEMIGO ÍNTIMO

I

A VECES NOS MIRAMOS
y comprendemos que no hay nada como
contemplar unos ojos.
Que no hay vértigo ni
estupor semejante
a unos ojos humanos, que nos miran
y no sabemos cómo nos ven o
si es que nos ven siquiera.

Sólo esta carne, que
se refugia en la noche recelando
para pensar en el cubil del sueño:
«me alegraré mañana», y se consuela;
sólo esta amarga carne
debería morir.

Cuando la miro veo tierra, una
tierra flexible y pensativa, que
se devasta a sí misma, se persigue
a sí misma, se abrasa. En ocasiones
cruzo tierras hermosas
—la belleza no es más
que aquello que podría ser eterno—,
en agosto y citadas
ya con la nieve. Sobre
la tierra nos amamos
sin mirarnos los ojos, pues en ellos
brilla la crueldad de los enigmas
que pretendemos olvidar. Los hombres
somos algo de arcilla que desea
y que un día de sol, cerca del mar,
casi tocando el mar,
se detiene, se echa
para morir, y el decorado sube.

Esto es así. Pero no ver los ojos
que, como espadas, blanden
sobre otros ojos su pasión y gritan
«tú y yo», mientras se arriesgan en el juego
en que nada es posible
y en que el amor es tierra contra tierra.

Alzo la mano, y
acaricio unos labios, su gozosa
forma de flor, la gracia de unos dedos
entrelazados: sé
que un espeso descanso los acecha
bajo la yerba. Alzo
la mano, y acaricio los frutales
pómulos, la cintura que podría
decir su nombre a las constelaciones:
sé que ha de atravesarlos el jacinto.

Esto es así. Pero no ver los ojos
húmedos y expresivos, como hechos
para mirar perpetuamente. Dicen
que, al expirar, se inundan
los grandes ojos de la corza y clavan
su asombro en quien la ha herido. Si es la vida
esto que hace llorar,
¿quién podrá persuadirse
de que los ojos nuestros, sumergidos
ávidamente unos en otros para
escapar de la tierra prometida,
deban morir del todo alguna vez?

III

SE VA EL AMOR DE ENTRE LAS MANOS CON
la prisa de los ríos. Nos paramos
a mirar la corriente
maravillados, como si bebiéramos,
y va ya el agua en el recuerdo sólo.
Con su ardiente desorden nos envuelve
el beso sin mañana.

Comenzó ayer apenas, hoy la aurora
sorprende a los amantes desolados.
En exilio vivimos de aquel reino,
inmediato y distante, donde es todo
claridad: no respuesta
sino entregada ausencia de preguntas.

Quiero estar donde estuve.
Resbala deshojada en mi mejilla
la sonrisa de talco de esta hora.
Aquí el amor de hoy ha de inventarse
hoy, y mañana el de mañana.

Si los amantes detener pretenden
su candente nevada, han de morir
antes de que el oráculo
triunfe, con el sigilo
de la boca en la boca:
cuando ignoran sus brazos aún el peso
de una carne inservible.
En tanto que haya muerte, habrá esperanza.
Pero ¿morir? ¿Y qué es morir? ¿Nos queda
algo que pueda sernos arrancado
por la muerte?

Y así nos resistimos
buscando, sin cesar, de madrugada,
un pretexto cualquiera:
este moroso cuello,
esos ojos oscuros, aquel modo
de abandonar las manos.

¿Nuestro universo se derrumba y
no podremos morir? ¿Habrà una nueva
excusa cada día
que nos anime a respirar? Yo pido
tregua para enterrar
a mis muertos, un alba
en que golpee la luz contra unos párpados
indiferentes. Pido

morir, morir, volver, entrar de nuevo,
cerrar los ojos una tarde y ver
cómo se apaga el mundo.

IV

TODO EL QUE AMA BUSCA SU DESTINO
en aquello que ama, y una tarde:
«Ya he llegado», se dice,
«descansaré sobre estos labios». Pero
hay un bosque de cedros intangibles,
del que desciende un tenebroso río
a través de cuarenta lunas, y al que
sólo puede volverse
cuando nos llega el sueño y nos dejamos
llevar por él, perdidas las palabras.

Clama el destino por el horizonte,
siempre a punto de estar.
Cumplido y no comunicado, hecho
y haciéndose, al igual
que su hermana la muerte.
Pues no es ella el destino, sino que
de él nos exime y pone
su buen punto final en nuestros ojos.

Nosotros somos el destino: no
se compadece el ser ni se acompaña
la soledad con otra soledad.

Quiere el amante a sí reconocerse
en el amor, igual que en un espejo,
sin saber que él es otro espejo en manos
de otro amante, que a sí mismo se busca.
Estrangulamos pájaros, leemos
entrañas de corderos, descubrimos
señales en la córnea de las víctimas:
la sangre nos redime de la sangre.

Pero ¿quién nos redime
del Enemigo íntimo, de ese
cuya presencia es
la terrible esperanza?
Su faz sobre los lienzos recibimos
ignorando su porte y estatura,
y hay una zarza ardiendo
sin consumirse en su mirada, como
arde la muerte en aras del amor.

Distráese el amante y vuelve a veces
la cara hacia lo que ama y se recrea,
deshabitado pecho,
en su calor, mientras las ramas últimas
de los cedros conmueve el aire frío.
Con su mordaza nos impide el beso
deshacernos de la áspera palabra
y romperla en mitad de la alta noche.
¡Ah, qué dulce es morir, qué blando tálamo!
Así vamos, la venda ante los ojos,
hacia el rostro inmortal del Enemigo,
que nos espera, eternamente ahora,
debajo de los cedros.

VIII

NUESTROS LABIOS NO SABEN
más que mentir: no les preguntéis nada.
Decimos «atardece», y es que vemos
al amor escapando entre los árboles.
Vivir es una lucha abierta y cumple
el que vive su sino
contándose las llagas
al sol. Herir, herir y que nos hieran.
No hay mañana ni hay bosque compartidos.
Todo es hoy y en otoño:
esa fiera palabra
que desgarrar la risa

del saduceo.
Y dónde estás entonces,
amor, tú, muerte, tú, Enemigo íntimo,
cuando corre la arena
por los dedos del tiempo
y está lejos el mar; cuando a otra boca
atempera el rocío codiciado,
y la cruz se levanta
bajo la unción del plenilunio. Porque,
si hay un país después, después de todo,
en que enrojece la amapola, dinos,
tú, amor, tú, muerte verdadera, dónde
se encuentra para entrar y conseguirlo,
para encenderlo, arrebatarlo, hendir
y gustar sus inmensos oquedales.
Pues nuestros labios sólo mentir pueden,
y los oídos nuestros
no pueden soportar más que mentiras.

Tómanos ya, amor y muerte, aplasta
el delicado vaso del engaño.
Agita la almenara de tus cedros
sobre las sombras que nos deslumbraban.
Posee, destroza, recupera. Ven.
Ya cesa esta minúscula comedia,
y aún no están aprendidos los papeles.
También el dolor cesa, mas la herida
perdura. Me recorre
una helada pasión los huesos. ¿Eres
tú al fin? Te sé. Te espero.
Omnipotente llegas,
dueño de mí, mi dueño, dueño mío.
Llegas atroz, blanqueándome la sangre.

X

SOLO SÉ QUE VOLVEMOS.
La vida es un retorno a los confusos
centros, en donde Eurídice medita.

Malheridos venimos
de muerte, caminando
a tientas por los lentos corredores
de esta larga agonía. El amor es
una manera triste
de sofocar el grito.
La llama, el terso cielo, la fragancia
del corazón de abril son un mensaje
del seno paternal y su región
en calma. De él, andando, nos apartan
las cosas, como el pájaro
nos aparta del trino, siendo el trino
lo único que importa. Un rumor llega
de adioses de las islas desmandadas;
llueven veloces dardos desde arriba.
La noche es el camino
exclusivo del alba. Mientras dura,
se está de pie. Se muere
de pie: sólo después viene el reposo.
No sé yo si la muerte, ese gran fruto
tan trabajosamente sazonado,
es la resurrección, y hay unos dedos
reales que apaciguan las heridas.
Yo no sé si la muerte,
la última puerta abierta,
dará sobre el primer jardín de rosas
incesantes ... Quizás hemos perdido
ya demasiada sangre. Languidece,
desencantada, en este cuento la
princesa, y vuelve el rostro
al encanto de ayer, pues es terrible
estar a solas y
conocer el secreto.

Cuando el día se acerca me pregunto
si es posible morir. Qué lejos veo
la inicial ignorancia, la inicial
rosa. No sé: preguntádselo a un niño.
Él sabrá por qué alguien, de repente,

pone a cantar a los cañaverales;
por qué el jacinto azul es un racimo
de sonrisas; qué mente remunera
la olorosa fatiga del romero.
¿Está esto escrito allí, sobre el dintel
inmóvil? No lo sé. Nuestra ignorancia
es diferente. Yo
sólo sé que volvemos.

XIII

ESTOY LLENO DE MUERTE. ESTAMOS LLENOS
de muerte. Mientras canta
fuera su verde cántico la vida,
la tarde expira, ahogada de presagios.
Un himno nuevo se levanta –el mismo
de ayer– con que atraer al navegante.
Se diluye Parténope, ladina,
en el susurro de las caracolas:
«Aquí es, aquí mismo, aquí coinciden
encarnación y ensueño.
El duradero cuerpo, como un arco
tenso, y el fiel amante,
que no olvida el contorno de estos hombros
ni el sabor de esta boca.
Tomad: la estrella, el árbol,
la rosa suspendidos
en el tiempo, el palacio
durmiente de los bosques: la esperanza».
Cuántas veces tuvimos el propósito
de creer, y ataviados
de príncipe, entre alisos,
despertar a la pálida señora
con el beso. Mas siempre, ay, amantes,
está a punto de término el poema
que no se podrá nunca retocar.

Dentro de mí yo siento
renovarse una historia. Miro y obro
como otros mil, que ya no miran ni obran.
Mis labios son prestados cuando os beso.
Nada puedo deciros
de lo que sé. Os veo y no os conozco.
Vivimos juntos muchos años y
no os duele mi dolor
ni podéis describirme el cielo. Somos una
cansada historia de
pobres amantes engañados por
pobres amantes engañados. Pero
el tiempo –o el poema– está acabándose.
Os busco, os hablo, me defiendo a veces
de vosotros, que me buscáis, me habláis
y os defendéis de mí.
Advirtiendo el latir de nuestra carne,
anhelantes, unidos, con los ojos
buceando en los ojos, no alcanzamos
la verdad: cada cual se expresa con
la impenetrable voz de su misterio ...
Dejadme. Os dejaré. Todo el camino
que recorremos se hizo de pisadas
antiguas, y a esta hora
el aire es una brusca profecía.
Aquí es, aquí mismo,
donde somos la muerte y la callada
laguna, en que se miran los amantes
sin poder comprenderse.

XVIII

EL DOLOR ERES TÚ. LA SOLEDAD,
sentir tu aliento al lado de mi cuello.
Hubo una vez un niño, que reía
en las plazas más claras
muy cerca de las fuentes.

Y aún antes de eso, hubo
un latido dudoso,
que fue a crecer con la delicadeza
con que inaugura el campo
un día de junio. Pero estaba el crimen
acechando, el estigma
tatuado ya en su frente.
Y después, un muchacho, en el recodo
de un sosegado río entre adelfales,
donde las horas, negras
como piedras de toque,
iban hasta los últimos veneros
y regresaban sin haber bebido.
Ahora retira de mi mente tus
jaurías. Retrocedan
los sueños procelosos.
Olvídame, esto es, dame la muerte,
pues si subsisto es porque tú me piensas
en cada aurora y
surtes de sangre nueva cada herida.

Bien sabes, Enemigo
mío, que no soy yo el ardiente crimen
que cometo. Tú has sido quien me impuso
el puñal y la mano, que no logran
rendirse a tu implacable
amor. Se han extinguido para siempre
las soleadas tardes infantiles,
en que todo es mañana,
y la promesa ensancha el todavía.
Tú eres hoy: el gusano
en el fruto, la joven primavera
frustrada, la anchurosa cima de
la soledad. Tú eres
el fracaso del grano de mostaza,
que no obtuvo de sí nidos de pájaros,
ni una maternal fronda
que cabecease al mediodía, y siente

dolor de todo el árbol
que pudo ser, encinta de tristeza,
rumiando su segunda muerte.

Ignoro

tu nombre, que no debe pronunciarse
y está en el aire, tal
la sonrisa del gato de Cheshire,
con los brazos abiertos,
fascinando el recuerdo y la esperanza
donde quiera que miro. Sin embargo,
no te vayas muy lejos. No rehúyo
tu nombre, acaso porque,
a estas horas del alma,
Tú, mi eterno Enemigo, eres lo único
que no me ha abandonado,
y tu batalla me hace compañía,
a mí, que soy tu campo de batalla.

XX

DE ÁNGEL EN ÁNGEL VAMOS, DE ALA EN ALA.

Desalados vivimos
premeditando un vuelo que no cese:
pájaros hay que ensayan
su delicado oficio entre espinares.
La vida es sólo un
largo sollozo, pues
el llanto que de niños derramábamos
es éste todavía. No se secan
los ojos; no se endulzan
los labios. La gran sed
de ángel en ángel va, como en el juego
fuimos entonces de una en otra esquina.
Si el corazón en algo a descansar
acude, quien abierta le mantiene
la llaga, en ella clava su acicate
y le obliga a correr de nuevo más aprisa,

de cansancio en cansancio.
Devorado de tábanos, perdida
la razón, busca el mar. Pero qué lejos
queda el mar. Y este llanto
es aquél todavía. (El llanto quizá sea
el camino más corto para el mar.)

De ola en ola se acerca y no se acerca
a nosotros, que vamos
de ángel en ángel, sin volar tampoco.
Y arrecia el fuego así, y la primavera
se repite. O acaso es que venimos
del mar... ¿Adónde? Porque el llanto de hoy
es el mismo de siempre, y, al volver
la cabeza al pasado, contemplamos
el llanto de mañana.
Ante él retrocedemos,
muy poco a poco, en pos de lo que empieza,
hacia la primer ala,
hacia el primer sollozo.
Camino del recuerdo del mar vamos
de primavera en primavera. Había
un corazón a nuestro lado en ese
ya desandado tiempo,
cuando en la oscuridad nos agitábamos
por salir a la luz, siendo así que
de la luz provenía
esa ansiedad por recibirla y verla.
Apenas el amor,
entre la sombra desfallece, se alza
la caza de la luz y la discordia
está aquí. Ya germina
un sollozo. De noche en noche irá
tomando su incremento ... Y eso somos.
Pues no duramos: somos;
como la eternidad,
que no dura, porque
está fuera del tiempo.

El que mira hacia atrás ve lo que anhela.
El que corta la flor, la inmortaliza.
Delante sólo hay
tierra que andar de un horizonte en otro,
de una en otra pregunta,
con la respuesta ya desde el principio
libre en los labios.

Deja

la hoz el segador
y mide con la vista
el campo no segado.
La noche llegará sin que termine
Con la mano se enjuga
la frente y continúa. Es eso todo:
hacer sitio a la nueva siembra, y luego
hacer sitio otra vez. De ángel en ángel
o de espiga en espiga. Los graneros
se incendian. Sólo el día
de empezar permanece,
y ese día se llama siempre hoy.

Multiplicando van
las pacientes salinas su tesoro:
también el llanto tiene sal, la lágrima
es un pequeño mar también. Quizá
todas las horas son de bendecir
y de aupar la mirada, del sendero
a la nube, del árbol a la estrella ...
Porque mañana cantarán los pájaros
que aprendieron el vuelo entre espinares,
y hemos de oír, al fin, cuando amanezca,
tiernas voces de niños
en brazos de la tierra prometida.

LA ACACIA

IV

RASGÓ EL AMOR, EN SUEÑOS, SUS ROPAS ARROGANTES
y el incipiente fruto confió a la mirada.

Lo infinito se hizo pormenor de repente;
sugestiva la tarde, como un huerto cerrado.

Es hora de adornarse con la roja dalmática
y de buscar la dicha a toda costa.

La dura náusea fue el único camino
de la estancia recíproca, del júbilo

imperioso. Hoy es todo
un alegre navío engalanado ...

Alzar los ojos de felicidad
es no encontrar confines,

tan sólo verdes ríos

navegados entre juncias y hosannas.

Aquello que está lejos siempre es mar ...

Son demasiadas muertes para una sola vida.

En el pequeño valle

fácilmente se vive adormecido:

la yerba medra y brilla,

las hojas se renuevan.

Bastan los juveniles remeros violando

la eternidad efímera del agua

y el presentimiento de la mansa ribera.

Basta la sazónada cargazón de la nave
que los fluviales bueyes embelesada guían.

¿Con qué fin extender en cruz los brazos
y levantar los ojos y la frente inspirados?

Alguien hay que madura la caricia,

dócil a abril y abierto a la hermosura.

Ni el temor de escribir sobre arena es justo

[ahora,

pues el rocío no se pierde en vano

ni el matiz de la menuda flor cae en olvido ...

Sé que se va la luz sendero arriba,

pero también a oscuras y en silencio se ama.

VALVERDE, 20

I

CUANDO MIRO HACIA ATRÁS VEO UN DÍA DE NIEBLA,
una puerta cerrada y un cubo con espuma.
Cuando miro hacia atrás veo una mano
que cierra las magnolias,
el mes de junio con veintisiete heridas
y un alto espejo.
Nada quiero decir que tú no sepas,
que no sepan tus anchos batallones
vestidos de amarillo.
Pero un secreto manantial me inunda ...

Cuando en los cines de sesión continua
se besan los amantes y conspira
con disfraz de acomodador la primavera,
miro hacia atrás y veo lo que no era posible.

Entonces la tristeza de ojos fijos
vierte por los balcones su agua sucia
y toda la calle permanece desierta,
aunque el amor, cada mañana,
desfile con su uniforme más brillante y rozado,
exhibiendo sus lentejuelas
como una tierna troupe de gestos repetidos.

Nada quiero decir que tú no sepas.
Pero si los timbrazos del teléfono
despiertan la esperanza
y alteran los resignados crisantemos,
si la tarde del sábado
es una pequeña plaza con árboles y sol,
te podría decir acaso tantas cosas ...

«Ven ahora. Está la casa sola, yo estoy solo,
está la luna sola
sobre el Convento de las Mercedarias.
Ven ya, quien seas ...
Porque miro hacia atrás y siento miedo
al pensar que quizás esté mirando
también hacia adelante”.

BALADAS Y CANCIONES

I

AGUA ME DABAN A MÍ.
Me la bebí.
No sé qué cosa sentí.

A orillas del mar amargo,
por el alba de abril,
labios de arena y espuma
agua me daban a mí.

La llama contra la llama,
el clavel sobre el jazmín,
al mediodía de agosto
me la bebí.

En qué breñal se echaba
la tarde a malmorir.
Cuando se helaron las fuentes
no sé qué cosa sentí.

LA DESHORA

I

¿Y QUÉ HABRÉ DE DECIR PARA QUE ENTIENDAN
los nardos que ya todo ha concluido?
¿Qué palabra podría convencerlos
de que no es tu llegada lo que aguardo?
Se abren las luces nuevas y murmuro:
«Hoy no diré su nombre.
Estoy en el pasado. Hay que partir
a buscar pastos nuevos.» Pero el alma,
enferma y distraída, no me sigue
y se queda extasiada en tus praderas.

¿Qué puedo yo contra esta voluntad
de estar me con tu olor y tu recuerdo?
¿Cuenta acaso mañana para quien
vivió hasta ayer su tierra prometida?

En la llanura no aparece el nuevo
pastor imperativo
y hacia el anochecer, indestructibles,
manejo pruebas de papel y seda.
Cerca pasan el agua y la sonrisa:
el pasado es lo único que anhelo.
«Esta sangre –me digo debiera
ser de piedra»,
mas sé que he de olvidar lo inolvidable:
llegarán otras manos y otra boca,
otra cintura borraré la tuya.
Pero hoy debo decir a los amantes
que, donde quiera que tú estés, te amo.

MEDITACIÓN EN QUERONEA

I

AQUÍ ESTÁ LO QUE SOBRA:
una dulce carroña para buitres
en medio de este campo.
Pero el sol de oro vibra,
las alas del insecto,
el olivar, el párpado
del vencedor ... ¿Nada cambió la lucha?
Vibran, con la calina,
la luz, la sangre no apagada,
el monte que se aleja, el silencio
sobrevenido. Es
mediodía y los héroes ...
Se duermen los amantes enlazados
blancos de tanto amar.

¿Dónde está el vencedor, que no aparece,
que no asiste a la ávida faena
de la recolección?
¿Dónde está el seco párpado
que ve sólo cadáveres?
Entre todos, trescientos, desarmados,
de dos en dos. (¿Qué cuerpo
abraz a qué otro cuerpo?)
De dos en dos, vencidos. Esto queda.
¿Dónde está el vencedor?

Para voracidad
de buitres, preparada
desde el principio estuvo esta llanura.
Para voracidad
del buitre y de la hormiga.
Todo está bien. ¿Quién compartió la patria,
la herida, la derrota,
la gloria, el buitre? ¿Quién comparte
el estío, los vanos

hombres militares (la gloria), la mirada,
el talle esbelto, el tiempo (la derrota)?
¿Quién puede compartir más que la muerte
con el cuerpo que ama?

Vivir no es necesario:
la saeta o la espada
atan más que el deseo carne a carne.
Todo a mi alrededor es sólo vida.
¿Dónde está el vencedor?

Por esta sangre alegre, compañera
que la colina sorbe, largo es el mediodía.
Por esta jubilosa mortandad
que no ha dejado labios que la canten,
largo es el mediodía.
Por esta plenitud que, desdeñosa,
vuelve el rostro al olvido,
largo es el mediodía.
Éstos fueron los héroes sin duda.
Es hermoso ser hombre en Queronea:
alimento de buitres.

II

VENÍAS DE UN PAÍS
en donde es la belleza
aire que hace vivir.
Hoy ya no tienes nombre.
(¿Es que ha pasado el tiempo?)
Lo oíste una mañana
de sol, igual que ésta, y sonriente
lo aprendiste. Marchabas distraído
de todo lo que no fuera un reflejo
de ti mismo. Y lo oíste. Y te detuvo.
Y las sílabas fueron poderosas.
(Es porque el amor llega
como un severo gozo.
No es el fuego, sino

la luz; no la proeza:
el duradero impulso.)
Tu nombre es ahora «víctima».
Descansa, ya has llegado.
Inmortal te retienen
los brazos de quien te ama, y tú retienes
inmortal a quien te ama:
aquel gesto inicial se ha hecho de piedra.
Tan sólo las estatuas
pueden seguir sonriendo para siempre.
Los dos habéis vencido,
¿dónde está el vencedor?

La lenta tarde que
envuelve a los olivos os conduce
dichosa, vigilante,
a la noche de bodas ...
¿Qué importan ya los nombres?
Os llamarán ... (No tardará el rocío
que enjuga las palabras.)
Los hombres no preservan,
ausentes de sí mismos, a los dioses.
Pero la tierra os ha reconocido,
porque os reconocisteis
antes en unos ojos.
Aquí acaba el progreso
del corazón: su límite
era ser devorado. Dime, amigo,
más hombre cuanto más
amado, ¿te vencieron
tan sólo con matarte?;
más hombre cuanto más
amante, ¿te vencieron
los que iban desprovistos
del escudo invencible? (No, los héroes ...)
Te han ofrecido muerte a la medida
de la ritual belleza.

Nada es ya aquí verdad sino lo horrible.

El vino que bebáis,
entre la vehemencia y la ternura,
empapa estas orillas.
Dejad al cuerpo que os redima: hoy
testimonio no da más que la sangre.
Todo lo natural es inocente.
(El corazón ...) Aquí sólo hay un crimen.
Por lo demás, silencio:
que comprendan los hombres.

VI

EN VERONA A UNA BREVE TUMBA
se abre un portal de ramos
azules. ¿Puede así
la destrucción ser abolida?

Lo que una vez sucede,
sucede cada día. En medio de este
jardín exterminado,
se alza la flor viril.
No cerca, sino dentro
de la muerte la flor. Haced memoria.
La veo levantarse ...

Los recién desposados,
acabada la fiesta,
se miran largamente
pálidos ya de unidos. Eso es todo.
Por un momento son
toda su soleada
niñez, su adolescencia
llena de luna. Para
llegar aquí y mirarse
y tenderse las manos
ansiosos, como si

nunca hubiesen asido
cosa alguna, vivieron.
El minucioso hado
reduce a una pupila sus ovillos.
Esbelto, el mensajero
repartiendo sus flores
se aleja por la muerte.
«Hijo de mayo, ven,
aléjate, coloreando el mundo.»
Ya encontró la mirada
su rescate. Ya pudo
la destrucción vencerse.

Ruinas de bronce he visto
entre arrayanes, próximas
al laurel. El misterio
siempre es sencillo:
por las renovaciones, la flor ensimismada.
Ruinas de bronce ... El vencedor,
con ala tenebrosa,
se cierne y pasa. Sólo
el aire, el repetido
polen, perdura.

En tanto,
las colinas meditan nuestros nombres
y los nombres que amamos. Huesos hay
que abonaron la tierra.
Lo que sucedió entonces
sucede todavía. En el lugar
que ordenaron los héroes caedizos,
aquellos que se amaron,
acabada la fiesta o la batalla,
se miran victoriosos.

Las preguntas oscuras
una flor las responde.
El momento y la flor
aquí son infinitos.

IX

ES PRIMAVERA AHORA. HABÍA SIDO
primavera ... En medio del verano,
un muchacho, un hijo de rey gritó la orden:
será llamado Grande.
Fulge el ala derecha. Fulge el río.
El calor ensordece sus tambores
diáfanos. Se miran con ternura
los guerreros. De la mano caminan
al combate: para esto fueron hechos.
Y comienza la fría ceremonia.
Morir, pero no solo.
«Hasta pronto», se dicen:
la mirada no muere.

La serena
fatalidad pasea entre hierros, murmura
«aquí» sobre una frente, una garganta, un pecho.
Sin vacilar, el hijo de un rey gritó la orden:
será llamado Grande ...

Ya lo ha sido.
Otra vez hoy es primavera, o la misma quizá.
Que al menguado le mojen las lágrimas el rostro

Bajo el firme león, omnipotente
un pedestal de huesos
habla a varones que no lloran.
Aquí está la reliquia irresistible.
No os quemarán. No os queman. No os quemaron.
Sois sagrados, amantes.
Sólo la tierra puede con vuestro doble cuerpo.
Ni siquiera la espalda de los dioses...
Hijo de rey, desnuda sus cadáveres. Mira
lo que queda del sueño,
de la aciaga fruición, de la grandeza, del
ardor inmortal: transcurre un río...

Para apartar lo oscuro no valdrán
semillas de peonía, avellanas de oro,

nocturnas higas de azabache, cuernos
de coral mudo, manos de tejón...
Con velas negras vuelve el victorioso.
Todo está escrito. El ciego se apresura
de regreso a la Esfinge. Lava
sus manos: no hay
detersorio que limpie ciertas sombras.
Brilló el ala derecha.
No hay alumbre que aclare las aguas del Cefiso.
Brilló el agua...

Otra vez hoy es primavera,
o la misma quizá.
Un rumor de armas múltiples
remueve los cipreses.
Pronto el verano emprenderá otra siega...

XI

FUERON LA VIDA Y MUERTE VUESTRAS
quienes hicieron que
las manos nuestras se encontraran.
Pero no conseguisteis retenerlas unidas.
;por qué venís ahora,
héroes de Queronea, ya lejanos,
a este acontecimiento de cobardes?
Nuestro tiempo es trivial, a la medida
de nuestra pequeñez.
En los dedos se nos acaba el alma,
no llega más allá.
Ya no existen los héroes.
Nuestra historia es tan breve
como el amor que la provoca. Oídme...

Decíamos «mañana» o «no te vayas»;
decíamos «trae pan»;
decíamos, sobre todo, «nosotros»... El encanto
era sencillo y diario
igual que un desayuno compartido.

En esta alcoba ardieron las palabras
y nos vimos crecer
castos entre los besos.
Con celosa calima aquel verano
velaba el verde de sus ojos;
en su pecho habitaba mi corazón, y cada día
despertaba en él como
un pájaro pequeño y sorprendido.
Inquietos por el gozo,
hablábamos de amor para entendernos
mientras dormía el amor
—ligeramente, ah, ligeramente —
sobre almohadas de piedra ...

Si el amor perdurase,
seríamos como astros encendidos,
seríamos como dioses...
No hemos sido capaces de imitaros.
No vengáis más: la puerta está cerrada.
Todo acabó, y el sol
se pone todavía. indiferente
rueda la tarde ya decapitada.
En esta alcoba derramaron sangre
las palabras: se hirieron
dos amantes con ellas.
El cielo, desde aquí,
era menos azul.
«Sueñas», me dijo. Amanecía
y estaba junio en flor...
¿Dónde iré? Donde quiera
que habite de ahora en adelante,
moriré en un destierro.
No he sabido, no supe, no he sabido...
Un verano interior
agostaba los verdes de sus ojos.
No fui capaz de detenerlo.
¿Quién estará seguro desde ahora?
En esta alcoba fui feliz por vez primera,
porque alguien, sueño mío, me soñaba.

Quiero dejar de ser
también en esta alcoba.
No vengáis más. He muerto. No os conozco.
También el negro es un color desde hoy.

XII

DE DOS EN DOS
vinisteis por abril bajo los álamos,
a las terrazas de los bares.
Y nosotros estábamos mirando las montañas...
Descuidados y al margen,
convencidos de que el amor no volvería,
sorbíamos la luz de la mañana
con las ajenas manos
sobre la mesa, al lado de las nuestras.
Contemplábamos
el vaivén de los niños, los colores,
las ramas ya cargadas ... Y vinisteis.
Sólo en el sueño puede verse
tan claro.

Habituales e insólitos,
con los ojos transidos de recados,
os sentasteis junto a nosotros
para enseñarnos el amor,
la convivencia, el bien, la paz recuperada,
el alto y poderoso sol de todos ...

A cuatro manos
se toca la más dulce sinfonía:
su nombre sólo el mar
es capaz de decirlo.
Había mucha sangre
por las calles del corazón
y blancos paños la secaban. Era
como si enero regresase siempre
con sus nieves limpiando el universo.

Ser tan poco y tener tanto camino
que andar... Juntos. Juntos o nada.
Morir es nada más
ser olvidado. Abrir los brazos para
quedarse con abril a solas, bajo
los álamos y el cielo.

Es tan duro el amor: tan duro como
el desamor. Andamos, nos miramos
de lejos. No aprendemos.
Tendemos las dos manos...
Todo es andar a oscuras, todo es lágrima.
Recordamos aquella
primera muerte que sufrimos,
y que es ésta otra vez.
Luchamos y morimos cada día.
Nada es igual que imaginamos.
¿Dónde estáis ya? ¿Es la muerte
lo único que aguarda a nuestro amor?
No, la muerte sólo es ser olvidado,
en las terrazas de los bares, solos,
sin que lleguéis vosotros a enseñarnos
como antes, a mirarnos como antes ...

Pero, por fin, volvéis.
Habéis venido con abril,
bajo los verdes álamos
a hacernos compañía en la tristeza.

XIII

TODO ES DE LUZ Y CANTA. TE RECUERDO.
Hay ciudades tan claras todavía...
Un impreciso ruido de colmena,
un impreciso aire,
una desconocida e imprecisa
estación de ferrocarril
y un impreciso idioma que no entiendo.

¿Estoy llorando? Sé
que estoy solo. Se abre
como una fruta la mañana.
Toda vida es partir ...

En Queronea

se miraron los hombres a los ojos.
Estoy cerca del mar. Quizá he dormido
mal esta noche. Y te recuerdo tanto:
cansado, amable ya de tan cansado,
impreciso como este ruido de colmena,
reclinado en mi hombro.
El techo de esta casa alborotada
es brillante y de muchos
colores. Te he de decir que anoche me han besado.
Es difícil seguir la dirección
de la flecha que nos traspasa. Me dijeron:
“Tienes frescos los labios. Las naranjas...”
Me dijeron: «Tus dedos ...»

Desesperadamente te recordaba anoche
a ti que tienes la frente en la verdad.
Qué largos estos últimos días, y qué clara
esta ciudad de la que salgo. Hubo
unos ojos que hicieron
padecer: ¿eran los tuyos o los míos?
Los de los dos quizá...
Seguro que alguien
está sufriendo esta mañana: el aire
es demasiado limpio.
Ah, cuánto te recuerdo: soy tu recuerdo sólo.
Nadie canta. Parece
que nadie canta ... Todo
se quedó entonces como ahora.
(Una boca, de pronto, ha sonreído.)
Como ahora: esperando.

LOS SONETOS DE LA ZUBIA

I

YA NUNCA MÁS DIRÉ: «TODO TERMINA»,
sino: «Sonríe, alma, y comencemos.»
En nuevas manos pongo nuevos remos
y nuevas torres se alzan de la ruina .

Otra alegre mañana determina
el corazón del mundo y sus extremos.
Juntos, alma, tú y yo inauguraremos
este otro amor y su preciosa espina.

Para mirar mi muerte atrás miraba
y encontré renaciente la llanura
y sellada la boca de mi herida

Ni el nombre sé yo ya de quien amaba,
desmemoriado y terco en la aventura
de que quien me mató me dé la vida.

IV

ME CLAVÓ BIEN, AL HUESO, LAS ESPOSAS.
La mordaza anudó, las ataduras,
porque, sabiendo cómo estaba a oscuras,
maneras no me tuvo más piadosas.

A quien sonría Amor, hable de rosas,
que no tengo yo voz para blanduras.
Llegó, venció, sentí sus mordeduras,
cayó la sangre en pérdidas gloriosas.

¿Dónde hay amor aquí, o estas fervientes
prisiones son amor y estos mil fuegos
que me amargan la miel, trisan mi trigo?

No es niño amor de aljabas inocentes,
ni el ciego es él: nosotros, sí, los ciegos,
que llamamos amor al enemigo.

VI

LA LUNA NOS BUSCÓ DESDE SU ALMENA,
cantó la acequia, palpitó el olivo.
Mi corazón, intrépido y cautivo,
tendió las manos, fiel a tu cadena.

Qué sábanas de yerba y luna llena
envolvieron el acto decisivo.
Qué mediodía sudoroso y vivo
enjalbegó la noche de azucena.

Por las esquinas verdes del encuentro
las caricias, ansiosas, se perdían
como en una espesura cuerpo adentro.

Dios y sus cosas nos reconocían.
De nuevo giró el mundo, y en su centro
dos bocas, una a otra, se bebían.

XIV

ME DESPERTÉ SOÑÁNDOTE AQUEL DÍA
en que estrenó mi corazón latido,
y le puse tu nombre y tu apellido
al cielo, al sol, al mar y a la alegría.

Poco después, cuando la tarde fría
se echó a morir privada de sentido,
supe que, con la luz, tú te habías ido
y que jamás la luz retornaría.

Pero hoy mi corazón incontenible
siente otra vez brotar, como una fuente,
el ávido reclamo de la vida.

¿Por ventura es aún todo posible,
o es que el dolor prepara, reincidente,
con pasos de paloma su embestida?.

XVII

TÚ ME ABANDONARÁS EN PRIMAVERA,
cuando sangre la dicha en los granados
y el secadero, de ojos asombrados,
presienta la cosecha venidera.

Creerá el olivo de la carretera
ya en su rama los frutos verdeados.
Verterá por maizales y sembrados
el milagro su alegre revolera.

Tú me abandonarás. Y tan labriega
clareará la tarde en el ejido,
que pensaré: “Es el día lo que llega”.

Tú me abandonarás sin hacer ruido
mientras mi corazón salpica y juega,
sin darse cuenta de que ya te has ido.

XIX

A TRABAJOS FORZADOS ME CONDENA
mi corazón, del que te di la llave.
No quiero yo tormento que se acabe,
y de acero reclamo mi cadena.

Ni concibe mi mente mayor pena
que libertad sin beso que la trabe,
ni castigo concibe menos grave
que una celda de amor contigo llena.

No creo en más infierno que tu ausencia.
Paraíso sin ti, yo lo rechazo.
Que ningún juez declare mi inocencia,

porque, en este proceso a largo plazo,
buscaré solamente la sentencia
a cadena perpetua de tu abrazo.

SI TIENES QUE MENTIR, HAZLO MÁS TARDE,
que aún la acequia en La Zubia parpadea.
Consiente este verano que te crea
sin que el temor de octubre me acobarde.

Por la vega el amor se quema y arde.
Todo reluce, vibra al sol, flamea.
Deja que se retrase mi tarea
de soledad y que el dolor aguarde.

No, llorar ahora no. Sólo te pido:
«Si tienes que mentir, hazlo en otoño,
cuando el verano acabe de cantar.

Que, después que tu amor se haya perdido
y secado la fruta en el retoño,
ya encontraré yo tiempo de llorar.»

XXXV

VOY A HACERTE FELIZ. SUFRIRÁS TANTO
que le pondrás mi nombre a la tristeza.
Mal contrastada, en tu balanza empieza
la caricia a valer menos que el llanto.

Cuánto me vas a enriquecer y cuánto
te vas a avergonzar de tu pobreza,
cuando aprendas –a solas– qué belleza
tiene la cara amarga del encanto.

Para ser tan feliz como yo he sido,
besa la espina, tiembla ante la rosa,
bendice con el labio malherido,

juégate entero contra cualquier cosa.
Yo entero me jugué. Ya me he perdido.
Mira si mi venganza es generosa.

XXXVII

ÁRABE DE GRANADA TÚ, Y ROMANO
yo de Córdoba, no nos engañemos:
aunque el amor acerque los extremos
siempre algo habrá recóndito y lejano.

En este misterioso mano a mano
en que hace tiempo ya que nos perdemos,
distintos y obligados seguiremos:
así el otoño va tras el verano.

Al verde altivo de Sierra Morena
no agravia el filo de Sierra Nevada,
ni mi silencio entre tus muros suena.

El agua por tu vega derramada
en mi campiña, oculta, se serena:
como el amor en Córdoba y Granada.

XXXIX

TE LLEVARÉ DE CÓRDOBA A GRANADA
el redondo silencio y su blancura,
el arcángel que yergue su apostura
en las aguas calientes reflejada.

Te llevaré mi boca sosegada
y el sabio olvido en que la sed perdura.
Te llevaré mi amor, fruta madura
pendiente de tu rama derramada.

¿Qué me ofrecerás tú? La tenue vida
que, entre una alberca y unos artesones,
finge ser y no es, mal compartida.

En este trueque poco es lo que pones.
Y es que, desde que abrimos la partida,
tú me empezaste a dar pares y nones.

LI

TENGO LA BOCA AMARGA Y NO HE MORDIDO;
el alma, atroz, y la canción, tronchada.
No sé qué fuerza traigo en la mirada,
ni qué traigo, en el cuello, de vencido.

No sé ni cómo ni por qué he venido.
Esto es todo: llegué; no sé más nada.
No me importa el quehacer ni la jornada,
y me da igual herir que ser herido.

La sangre, a punto, se impacienta y arde
por inundar la alcoba a la que vine,
donde fui tan feliz que fui cobarde.

Sólo pido al amor que no se obstine.
Me sentaré a su orilla cualquier tarde
para que alguien, de paso, me termine.

LIII

SI YA NO VIENES, ¿PARA QUÉ TE AGUARDO?
Y si te aguardo, di por qué no vienes,
verde y lozana zarza que mantienes
sin consumirte el fuego donde ardo.

Cuánto tardas, amor, y cuánto tardo
en rescindir los extinguidos bienes.
Ya quién me salve no lo sé, ni quiénes
clavan al alma dardo sobre dardo.

A la mañana, que se vuelve oscura,
sigue la noche, que se vuelve clara
a solas con tu sed, que hierde y cura.

No quisiera pensar si no pensara
Que, privado que fui de tu hermosura,
me olvidara de mí si te olvidara.

LVIII

¿QUIÉN PODRÍA DECIRLE QUÉ BIEN HUELE
a la rosa, en su tallo ensimismada?
¿Cómo poder quejarse a la espada
de que su voz de acero corta y duele?

¿Es enero culpable de que hiele
los ramos olorosos su llegada?
¿Puede el amor, que alegra la mirada,
impedir que el amor la desconsuele?

Trazan las firmes rayas de la vida
en la mano la red de sus caminos
como una oscura e incurable herida.

Nadie elige ni muda los destinos:
cuando más necesita su venida
se van del olivar los estorninos.

LXI

DÉJAME AHORA, AMOR, QUE TE MALDIGA
con la palabra amarga y el castigo.
Déjame que me sienta tu enemigo
y a gritos déjame que te lo diga.

En la colmena, en la cuajada espiga
yo levanto mi voz y te maldigo.
En el tesoro de la miel y el trigo,
en el fugaz vilano y en la ortiga.

Maldito seas en las pleamares,
en el jazmín, el ónice, la arena,
en el sirguero y en su verde ramo.

Maldito en el jacinto y los azahares.
Y, en la albahaca, el junco y la azucena,
maldito yo también porque te amo.

LXII

HOY VUELVO A LA CIUDAD ENAMORADA
donde un día los dioses me envidiaron.
Sus altas torres, que por mí brillaron,
pavesa sólo son desmantelada.

De cuanto yo recuerdo, ya no hay nada:
plazas, calles, esquinas se borraron.
El mirto y el acanto me engañaron,
me engañó el corazón de la granada.

Cómo pudo callarse tan deprisa
su rumor de agua clara y fácil nido,
su canción de árbol alto y verde brisa.

Dónde pudo perderse tanto ruido,
tanto amor, tanto encanto, tanta risa,
tanta campana como se ha perdido.

A LAS RUINAS DE MEDINA AZAHARA

CÁRDENA Y MUDA A OCTUBRE DESENGAÑA
la tarde entre abatidos capiteles,
postrer en tanto aroma de laureles
la verde ruina esparce y acompaña.

Más hierre que el venablo o la guadaña
la mortandad de nardos y claveles.
Más el silencio de los alcaceles
y el arañado abril de la espadaña.

Para vivir a solas con mis muertos,
de espaldas a los dardos, tregua pido:
para enterrar su sombra cristalina.

Pues beber suele en labios entreabiertos
la abrasadora boca del olvido,
que duele allí donde el dolor termina.

TESTAMENTO ANDALUZ

SIERRA DE CÓRDOBA

EL OLVIDO NO EXISTE. LA BELLEZA
se añora sin cesar y se persigue,
memoria y profecía de sí misma.
La belleza es un sino, lo mismo que la muerte.

Teníamos once años,
y la palabra abril significaba
igual para los dos...

Puede el amante
dejar de amar, pero, ay, amaré siempre
el tiempo en el que amó:
cuando, al amanecer,
cabía el mundo entero
dentro de una mirada;
cuando al amanecer rompió a cantar
lo que no se sentía con fuerza de decir.

PLAYA DE EL PALO

AÚN ERES MÍO, PORQUE NO TE TUVE.
Cuánto tardan, sin ti,
las olas en pasar ...

Cuando el amor comienza, hay un momento
en que Dios se sorprende
de haber urdido algo tan hermoso.
Entonces, se inaugura
—entre el fulgor y el júbilo—
el mundo nuevamente,
y pedir lo imposible
no es pedir demasiado.

Fue a la vera del mar, a medianoche.
Supe que estaba Dios,
y que la arena y tú
y el mar y yo y la luna
éramos Dios. Y lo adoré.

SEVILLA

A LA HORA DEL ÁNGEL
reconozco un perfil desconocido
en patio, en aire, en rejas ...
Lo cotidiano es tan inescrutable
como simple el milagro.

Tu belleza no fue
sino un ardid de mi destino,
ya que así designamos
a nuestro anhelo sólo.
Envejecer es irse acostumbrando;
pero jamás el tiempo
profanará tu rostro.
Lo eterno es este instante.

Cuando se empequeñezca
mañana el don de hoy
para caber entre mis manos,
la vida y tú seréis la misma cosa,
pues tu recuerdo llevará su nombre.

Hoy murmuro «te amo»,
y el tiempo y sus laureles
lo murmuran conmigo.
La luz soy de tu fuego, y en ti ardo.

CARTUJA DE JEREZ

SE DESVANECE EL MUNDO,
carne de nuestra carne,
pero no algún momento.
Hoy me complazco
a la sombra del día que pasó,
y permanezco allí
contemplando ante un río...

Todo está dentro de nosotros,
y nosotros en todo:
no es necesario hablar.
¿Quién será aquel
cuyo designio nos conmueva?
¿Quién transforma
en divino un oficio?

A tu lado, caminaré sobre las aguas.
Ni los ángeles malos,
ni los dioses de ayer,
ni el sangrante demiurgo
tienen la potestad de destruirnos.
No temo ya: si huyo,
será hacia ti y contigo ...
Acogido en la muerte,
quisiera ser ceniza;
pero, si duermo en ella,
dormiré entre sus brazos.

GUADALQUIVIR EN SANLÚCAR

CUANDO YA IBA A MORIR, VOLVIÓ LA CARA.

Vio el rosa de la sal, los anchos cielos,
el temblor del trasmallo, las aves migratorias.

Vio el jazmín, la pineda,
trigos, olivos, cantes destrenzados.

Vio la belleza que no atardece nunca...

Se vio a sí mismo: pródigo,

pacífico y sapiente,

y enriqueció la tierra con su huella.

Nunca tuvo más fin ni más principio...

Al despedirse de la Andalucía,

sintió el sabor salado de la muerte ...

Guadalquivir mi corazón se llama.

EL POEMA DE TOBÍAS DESANGELADO

V

Cartagena de Indias

PASTOREA EL MAR LAS OLAS
y las apacienta sin tregua.
Cuando se aleja el sol,
el mar corre tras él con su rebaño.

La cumbre tiene el monte;
tú me tienes a mí que te sostengo.
Un pájaro de luz
fuimos y sola una razón.
Ninguno de los dos sobrevivimos:
yo, al alto vuelo;
tú, a la profunda mina.

Ahora el Ángel no está ni está Tobías.

ME HAS SUBIDO A TU CIELO. RECOGISTE
corbatas, pantalones, calcetines
–ese atuendo mortal
con que el hombre disfrazo su ternura–
y ascendiste hacia el sol, hacia la última
terrazza de la mañana de oro y seda.
Cabrillea la mar, nos guiñan
la mar y el aire asidos de la mano.
Corre el agua en algún rincón secreto.
La belleza que el hombre corrompió,
severa y desconchada se ofrece a nuestros ojos.
Revestir de belleza la belleza
no es ya posible: sólo desnudarla
también del desconchón y la severidad
hasta que quede a solas, tiritando,
esperando sin saber qué ni cómo
en mitad de la noche ilusionada
lo mismo que mi alma.
Mi alma, que oye correr el agua a chorros
en un rincón secreto
en donde tú, ángel desnudo, te lavas y dispones
sin saber para qué tampoco ni hacia dónde.

DICES “ME VOY”, Y NO TE VAS NI PUEDES.
El ala que de mí te alejaría
la muevo yo, porque también es mía:
yo soy la condición de tus mercedes.

Tú me enredaste, Arcángel, en tus redes.
Volar sin mí, imposible te sería,
porque soy tu pretexto de alegría
y la condena de que aquí te quedas.

La ocasión de tu humana vestimenta
mi necesidad fue; no alardees tanto,
que yo aprendí de ti más de la cuenta.

Si no te gusta el aire de mi canto,
otro aire celestial distinto inventa;
pero estaremos juntos entretanto.

NINGÚN CÓNYUGE QUE TE QUIERA MIL AÑOS
te querrá más de lo que yo te quise
ante aquella mezquita una hora y media.
“Dodná, dodná”, gritabas mirándome a los labios,
y yo bebía *hasta el fondo* el licor y los tuyos.
Sudábamos en la habitación 922,
ante una ciudad viva y arbolada que era un cuerpo tendido.
Desde la 917 se veían pájaros y cúpulas
como senos de todos los azules.
Te besé entre los cementerios
y en el hombro derecho tenías un antojo del color de las fresas.
Cuánta belleza azul y cuánto luto
para tan poca tumba.
Al subir la alta escala contamos treintaiséis peldaños;
al bajar, treintaicinco: el amor no nos duraría. Y nos reímos.
Nuestras manos se soltaron para comer pan de melón:
siempre sucede así.
“Dodná, dodná”, la vida, hasta el fondo la vida ...
Y yo esperaba el sueño.

RELATO

EL ALACRÁN

Al percibir el gesto y la expresión de Braulio, se le acercó una mujer que estuvo, hasta entonces, parada unos pasos más allá. O más bien era un ser revestido de una ligera apariencia femenina. En conjunto, tenía el aspecto de un cono invertido, forrado de toda clase de accesorios y colores. Comenzaba, en efecto, por una cabeza desproporcionada, de cara ancha y gruesa, rodeada o acribillada por una cabellera multicolor, larga y abierta, que alcanzaba a rozar la mitad de los brazos. El busto era ecuménico: dos gemelos podrían, sin peligro de caer, haber desenvuelto en él sus primeros juegos. Y todo este exceso iba agudizándose hacia abajo, hasta dar la impresión de que aquel ser no estaba de pie, sino clavado en la acera: tan delgadas eran sus piernas y tan menudos sus zapatos. —¿Puedo servirle en algo, caballero? —preguntó a Braulio que, palidísimo y apoyado sobre un solo pie, se encontraba en un peligroso equilibrio, alzando más y más la rodilla izquierda, mientras miraba hacia abajo, con el terror más hondo reflejado en los ojos—. Es admirable, caballero, cómo puede usted sostenerse sobre una sola pierna. Yo apenas si con ambas puedo conseguirlo... Pero quizá usted no lo hace sólo por distraerme. ¿Hay alguna causa, alguna otra causa, que le mueva a seguir en tan difícil postura un tiempo tan prolongado?

Braulio, sin mirar en absoluto a la mujer, respondió:

—Me siento el alacrán por la planta del pie. Viene desde la tierra.

—Ah, señor —continuó la extravagante aparecida—, una cosa tan simple... Baje de nuevo el pie y apriételo contra el suelo. De inmediato el alacrán dejará de existir y apenas si usted percibirá un leve crujido.

—Está dentro, está dentro del zapato —susurró Braulio—.

Y ahora sube. Me llega ya al tobillo.

—¿Y le suele llegar hasta ahí con alguna frecuencia? Mi nombre es María. María la Hospitalaria, si ello puede ayudarle. Me llaman así porque intento hacer lo que sea por alguien de vez en cuando. Si bien, en general, con muy mala fortuna. No siempre se acierta con los deseos ajenos, ¿verdad? Soy mujer de profesión, caballero, y si de algo le sirvo... Oh, perdone, no intenté molestarlo. Reconocía los hechos nada más... La vida no es tan fácil como pudimos creer al principio. Ni siquiera están las calles bien adoquinadas, lo cual hace aún más complicadas las cosas. Ya sabe usted, señor: una se acostumbra a ser viuda de guerra, pero no a prescindir de la mantequilla en el desayuno.

Yo, mientras sale algo (extranjeros casi siempre, no crea usted: los nacionales suelen ser más decentes. O más pobres), mientras sale algo, me dedico a hacer chalecos de punto para los niños pobres. Es mi manera de pasar el rato... Y, a propósito, ¿cómo va su alacrán?

Braulio, que no la escuchaba, con el rostro casi verde, se decía a sí mismo:

–Sube, sube.

–Pues si sube, señor, apoye de nuevo el pie en el suelo. Estará, al menos, un poco más cómodo. Evaristo lo decía siempre: “del mal, el menos...” ¿A dónde alcanza ya aproximadamente?

–Ahora llega a la rodilla. Al hueso izquierdo de la rodilla. Marcha con mucha lentitud.

A veces se detiene María la Hospitalaria se agachó y apretó con violencia la rodilla de Braulio, golpeándola después con el enorme bolso de hule negro que colgaba de su brazo derecho.

–Ya está. Ya está –gritó con entusiasmo, en tanto que Braulio contraía de dolor los labios–. Ya podemos tomar una copa. –Y buscaba sobre la acera el cadáver del alacrán–. ¿Dónde se habrá metido? ¿Dónde habrá podido meterse?

–Ahora me sube por el muslo. Rápidamente. Muy rápidamente. Debe de haberse enojado. Usted no tenía que haber hecho lo que hizo... Sus patas se clavan cada vez más. Ya no recuerdo casi mi infancia. Sólo un campo verde, no muy grande, y un cubo donde alguien hacía espuma con agua y jabón. La espuma rebosaba: no sé más.

–Sí, ciertamente la espuma suele rebosar. Con una caña de escoba cortada hacíamos pompas de jabón. Eran muy hermosas. Luego, la boca nos sabía muy mal, pero no valía la pena pensarlo de antemano. En el Corpus Christi, las magnolias llegaban en una batea de mimbre. Venían cerradas entre las hojas, como en un estuche, y atadas alrededor. Por la tarde, las abríamos y eran grandes como palomas. Daban ganas de llorar.

–Oh, sí. Oh, sí. A menudo daban ganas de llorar. Tan sólo ahora, el alacrán, por la cintura ...

–Ay, la cintura, señor. Qué linda palabra. Demasiada hermosura para nada, ya usted ve.

–Sí, sí –repetía Braulio. Y ello fue lo último que dijo. A partir de entonces comenzó a emitir sin interrupción un suave ronquido. Como el de un perro un segundo antes de ponerse a ladrar. Sus ojos empezaron a girar en las órbitas, a cada instante

a más velocidad, y sus manos seguían, impotentes, la marcha del alacrán, que, al llegar al sitio del corazón, hizo una asombrosa pausa de unos minutos.

–Es un alacrán muy raro el suyo, ¿no cree, señor? –monologaba María–. Cualquier otro hubiera tomado una decisión más firme de atacar cuanto antes. No es cosa de alacranes estar dando paseos por los lugares reservados en exclusividad a las caricias.

Pero así van los tiempos: nadie sabe ya estarse en el puesto que le corresponde. El ronquido de Braulio se acentuaba y producía el efecto de que inminentemente se echaría a aullar. María le rascaba la nuca, como se hace para calmar a un mastín excitado, y le hablaba en un tono casi inaudible, diciendo muchas frases cariñosas y vagas:

–Así, así... No hay por qué preocuparse. Eso pasará... Todos tenemos nuestros pequeños alacranes. Es cosa natural. Qué haríamos sin ellos, ¿me quiere usted decir? ¿En qué emplearíamos tanto tiempo libre? ... Así, así. Al pie de las montañas el sol no puede verse. Es casi mediodía cuando aparece, ya madurito, como el Príncipe de Gales. Lo recuerdo. O ¿quién sabe? ... Vamos, la gente que se ríe desconoce por qué ... Pero usted se está viniendo abajo, mi querido señor. Usted está casi sentado en la pura calle. Debe reportarse. Apóyese en mí. Ah, no. Ah, no: esto sí que no se lo consentiré nunca. Debe mantenerse erguido hasta el final. Qué triste espectáculo el de un hombre vencido. Dígame: ¿es que un alacrán es superior a un hombre? Parecía usted tan fuerte, tan bien plantado, y mírese usted ahora, caballero. Mírese, se lo ruego.

La cabeza de Braulio chocó contra la acera con gran ruido. El ronquido había cesado. Con el golpe, el ojo izquierdo se rompió como si fuera de cristal. Y de él, poco a poco, con lentitud y esfuerzo, salió un alacrán oscuro que, después de una vacilación, fue a instalarse en la comisura derecha de la boca del muerto.

–Ah, ya entiendo. Ahora entiendo. Por fin lo han dejado a usted en paz. Descanse usted, señor, y enhorabuena –exclamó alegremente María.

Y se alejó, con una sonrisa, por la acera, moviendo con torpeza su feo cuerpo.

ARTÍCULOS

TRANSICIÓN

Los pueblos, como los individuos, pasan, a lo largo de su historia, por distintas etapas. Por tiempos de ilusión: razonable o no, consciente o enajenada; por tiempos de reflexión: fundada en el pasado, encarando el futuro o aplicando a éste sus anteriores experiencias; por tiempos de transición, que difícilmente pueden asociarse con el verbo vivir. Difícilmente, por cuanto son tiempos de pasillo, que conducen a otros desconocidos, inseguros, sin estimulantes expectativas de gloria o mejoría. Tiempos en que las personas –y los pueblos– aletean prendidos en la liga que va desde el sinvivir al sobrevivir; se resignan al sopor de una vegetativa digestión; prefieren ignorar lo que de veras sucede y para qué sucede; vuelven la cara hacia las menudencias diarias, olvidados de su doliente ayer, y distanciados de un mañana que no se les presenta luminoso y al que no procuran iluminar con alguna esperanza.

Tales tiempos de transición suelen acontecer tras una breve ráfaga de instintiva alegría, tras la exaltada y confusa plenitud que sigue a una liberación. Y son tiempos preñados de peligro. Primero, por lo que suponen de ausencia de vida palpitante –feliz o no–, de proyección, de entrega, de enriquecimiento, de sino compartido. Segundo, por lo que tienen de terca ceguedad, de empecinarse en el sombrío aquí y ahora, de negativa a proponerse cimentar un futuro, utilizando firmes puntos de apoyo a partir precisamente del fondo que se toca. Tercero, porque esa indiferencia transforma a un individuo o a un pueblo en probables objetos de manipulaciones interesadas, desviándolos así de su cauce y destino. (Y no es que yo opine que la vida entera ha de ser tensión pura, proeza pura, puro salto hacia arriba. No creo ni que se deba aspirar a la proeza: creo que el duradero impulso y el constante esfuerzo son compañeros mucho más ventajosos. Sobre todo, si se habla de España, donde –aislados o en conjunto los hombres son propensos a un 2, a un 3, a un 4 de mayo, a un mes de mayo completo en que ofrezcan la vida de una vez, pero reacios al indefinido trabajo de ir vertiendo la vida gota a gota. Aquí somos infinitivamente más dados a santificarnos por martirio instantáneo, que por cumplir ese sencillo y onerosísimo rito que se llama el deber de cada día.)

Que estamos atravesando un tiempo de transición grave y desentendida es algo que salta a la vista: en lo político, en lo económico y en lo social. Y también salta a la vista la desgana que nuestro pueblo tiene, en general, de atravesarlo decididamente. (Está claro –o debe estarlo– que pueblo somos todos, hasta los

enemigos del pueblo; hasta los que, amparados por mejor posición o más aparente cultura, hablan del pueblo desde arriba y actúan como si una pertinaz afonía hubiera producido ya mudez en la garganta colectiva. Porque a ese pueblo aquí, con buenas o con malas intenciones, históricamente se le ha ignorado o se le ha sustituido. Siempre hubo alguien que se alzó con el santo y la peana, olvidadizo de que el poder para representar o gobernar a un pueblo emana de los representados y no de la gracia de Dios. Y siempre existieron bondadosos paternalistas que, igual que si habitaran en una comunidad de mongólicos, condujeron a ese pueblo –en el mejor de los casos– por los caminos y a las metas que ellos consideraron más provechosos, sin tomarse el trabajo de consultar a quienes habían de andar tales caminos y alcanzar tales metas. Omito, por supuesto, mencionar a los criminales de lesa patria –porque patria es el pueblo, y en torno suyo ha de girar el resto– que usaron, o usan, para beneficio de aspiraciones personales, lo que es caudal común: de bienes, de esfuerzos, de historia, de confianza.)

¿De dónde proviene esa desilusión respecto a lo político, que produce, por ejemplo, tan tremendo abstencionismo en el referéndum constitucional? ¿Por qué tal diferencia entre el ¡viva la Pepa! liberal y esta última callada por respuesta? ¿Ha empezado a pensar el pueblo que la política es una idiotez que para nada sirve, una práctica de pequeños aficionados, un bricolaje ejercido mientras arde la casa, un hobby innecesario, un seudoarte para las tardes de los días festivos? A fuerza de consensos, pactos y cabildeos el pueblo ignora ya –y quizá no le importe– dónde acaba la oposición y comienza el Gobierno. O puede que todo haya llegado a ser una y la misma cosa de tanto nadar y guardar la ropa con el pragmatismo, el realismo y el posibilismo. Si nadie –ni Gobierno, ni partidos– hace aquí una política ilusionada, ¿por qué va a estar el pueblo ilusionado en la política? Si nadie incoa a una política atractiva y de imaginación, ¿por qué había de sentirse el pueblo embriagado de ensueños o atraído? Si cuanto vemos son las consecuencias no de una ruptura con lo anterior, sino de una continuidad aguada y marchita, ¿por qué iba el pueblo a comportarse como si creyese de veras en lo contrario? Para trasladarnos del ayer al mañana se eligió un método terapéutico, no quirúrgico; eligieron médicos, no cirujanos, y el pueblo se ha cansado de seguir un largo y lento tratamiento, un régimen dietético –y económico y político incomprensible y exigente, un método riguroso del que no se aprecian palpables resultados.

Y en cuanto afecta a lo estrictamente económico, ¿cómo no va a existir desilusión ante un capital que no invierte dentro, cuando se queda dentro y no se larga; ante una moneda con poder adquisitivo decreciente, si es que aún le queda poder adquisitivo; ante unos precios rampantes; ante una Bolsa clínicamente muerta; ante unas perspectivas tan lejanas y oscuras; ante un viacrucis tan discriminatorio como en el tenebroso pretérito; ante unos economistas dirigentes que no inspiran la más

mínima credibilidad? Y, más que nada, ¿qué optimismo y a quién puede caberle ante ese primer problema del país: el paro irreprimible, escalofriante, justificativo de cualquier reacción; el paro que se extiende como una epidemia, ensuciando de hambre y de resentimiento los suburbios de las ciudades, los cinturones fabriles metropolitanos, las plazas de los pueblos agrícolas; el paro que obliga a retroceder todo razonamiento, toda metafísica, todo paño caliente, toda prórroga; el paro de proporciones incomprensibles en la décima potencia industrial del mundo?

Por lo que se refiere a lo social –entendido como ambiente y aire que se respira, como la temperatura y el caldo en que lo demás transcurre–, ¿puede haber ilusión en un país al que el terrorismo hostiga diariamente y amenaza, sin que nadie lo frene, sin que nadie acierte a destruirlo o a malherido al menos? Un terrorismo, por añadidura, que persigue objetivos con los que el pueblo no se identifica, ni los aprecia, ni siquiera conoce. Porque el pueblo no está, en su mayoría, ni por una revolución de borrón y cuenta nueva, ni por una resurrección de lo enterrado. De ahí que para él resulte tan dolorosa como la sangre de los crímenes la hostilidad de los sepelios. Y que se desconcierte cuando se pretende achacar a estados emocionales la torpeza o la indisciplina de los cuerpos uniformados del Estado: es decir, los pronunciamientos, los insultos, las invitaciones a la rebeldía, la insumisión de algunos militares o de algunos –no demasiado pocos– policías. Las fuerzas del orden cobran para custodiarlo y conservarlo, no para desquiciarlo. No podemos permitirles el lujo de sucumbir ante estados emocionales, ante los que se prohíbe sucumbir al pueblo raso y sin preparación, ni vocación, ni armas de guardianes. Si la verdadera educación moral de cualquier hombre consiste en no dejarse llevar por sugerencias momentáneas, ¿en qué serenidad, incompatible con la manifestación de emociones individuales o corporativas, habrá de consistir la obligación castrense? ¿Cómo no desanimarán al pueblo esas balas perdidas, esos controles policiales nerviosos, esos jefes y oficiales vociferantes y descompuestos, esas búsquedas infructuosas de coches retirados legalmente por las grúas municipales, esos miles y miles de hombres armados que no protegen a los intimidados ni localizan a los asesinos?

Ahora que se había iniciado la costumbre de consultar al pueblo, de las futuras elecciones generales debería surgir un Parlamento más representativo, menos consensual, más portavoz de los anhelos colectivos. Y debería surgir un Gobierno más fuerte, menos pendiente del menudeo de votos, más seguro de sí. (Un Gobierno que no tolere a su ministro del Interior comparecer ante quince millones de telespectadores haciendo el tonto Claudio, balbuceando el bochornoso dilema de “O acabamos nosotros con la ETA o la ETA acaba con nosotros”. Porque, como afirmó el rey en su discurso de la Pascua Militar, “no puede haber alternativa: de ninguna manera el terrorismo de unos pocos puede prevalecer sobre los deseos de

paz y libertad de un pueblo entero”.) Ahora que se había iniciado la costumbre de consultar al pueblo, de las futuras elecciones municipales debería surgir el soporte de una auténtica vida española: el fin de los caciquismos, la palpitación y el desarrollo de las unitarias autonomías, la organización de abajo arriba, la jerarquización real de los problemas y las soluciones, la información más próxima y veraz en todos los niveles, el acceso de los ciudadanos a su propio gobierno y regimiento.

Y de unas y otras elecciones –sin maximalismos, con una modesta honradez– debería surgir –incipiente, pero jubilosa– la normalidad política, económica e internacional de España: su posición definida respecto a la Comunidad Europea y África del Norte y el Mediterráneo y América Hispana. Debería alborear una España más coherente con su tradición, con la certeza de haber sido inmensa y de poder reemprender las vías de serlo; una España renovada por la satisfacción de haber puesto en su historia, por fin, un buen punto y aparte.

Pero ¿se nos permitirá llegar a esas elecciones, tan necesarias y tan inoportunas? Y, si llegamos, ¿saldrá el pueblo de su desentendimiento y expresará, con suficiente fervor, su voluntad? Con el propósito de evitar esos riesgos –en contra de la nueva acracia aséptica y de los fríos abstinentes– para España yo suplicaría, si es imposible que se sacuda el tiempo de transición que hoy vive, que al menos lo fructificase meditando. Porque hoy es ya mañana, y ha de ser ella misma –España, o sea, nosotros– la que indique el cariz de ese mañana. No este o aquel gobernante, no esta o aquella nacionalidad, no los eternos o improvisados pescadores a río revuelto, no los de ahí me las den todas, no los indecisos, no los extremistas del terror, no los que exigen únicamente sus derechos: no, sino España íntegra, el pueblo, nosotros uno a uno, todos nosotros habremos de conseguir el nuevo amanecer. Sin todos nosotros, de uno en uno, el día con que tanto hemos soñado no amanecerá nunca.

(De la serie *El verbo transitivo*)

OJOS DE TROYLO

Quizá a mi me cueste más esfuerzo y más tiempo individualizar los afectos. Quizá yo sea un egoísta que sólo actúa por correspondencia, y cuyo sentimiento es siempre una respuesta a un sentimiento ajeno: en cualquier relación cordial o simpática –en su estricto sentido etimológico–, nunca soy yo quien toma iniciativas... O quizá yo sea un tremendo temeroso del fraude en la amistad, un exageradamente vulnerable a la decepción en ese territorio que toma precauciones. (Amistad: “afecto personal, puro y desinteresado”). Creo que aunque el amor sea otra cosa –el amor siempre es otra cosa, se hable de lo que se hable–, será más verdadero cuanto más se apoye en la amistad –en lo que de desinteresada tiene la amistad– y mucho más durable.

Lo que corrientemente se llama amor no es desinteresado: persigue una posesión en exclusiva. Ya su primer peldaño, su timbrazo de alarma es sentir un interés muy especial por alguien. De ahí que la pareja en que no exista, sosteniéndolo todo, la amistad, esté expuesta a graves intemperies. La amistad debe, como una hermana mayor y más sensata, corregir los bandazos un tanto caprichosos e incomprensibles del amor. (Amor que perdería sin esa libertad de movimiento una de sus esencias: la inseguridad, el riesgo, la exigencia de un cuidado diario y minucioso.) Por desgracia no existe ninguna sociedad de seguros que garantice la permanencia del amor: en definitiva, lo que pretenden los enamorados es conseguir un fondo de compensación. Tampoco existe – una sociedad que garantice la permanencia de la amistad, pero porque no es imprescindible: los préstamos en ellas son a fondo perdido.

A quien no tenga perro le aconsejo no seguir la lectura de este artículo: lo malentenderá. Al que no tenga perro o al que lo tenga como resultado, según lo que el otro día se escribió en un diario de Málaga: “Las escalas del español en los últimos quince años han ido desde el seiscientos al perro, pasando por el piso, por el apartamento cerca del mar, por el chalet más cerca todavía, el segundo coche y, por fin, el perro como último signo del poder adquisitivo del español medio”. (Parece así que el perro viene a sustituir a la querida, que fue un signo de *status* en prosperidad. Viene a sustituirla con ventaja: cuesta menos y es un objeto de disfrute familiar, normalmente solicitado por los niños, mientras que la querida –salvo ese eco de rango que imprimía– era objeto de uso personal, tan personal a ser posible como el de un cepillo de dientes.)

No escribo hoy para esos *parvenues* de los perros, sino para aquellos que sé que los conocen: los que han ido adentrándose con tacto en su pequeño y delicado ámbito, rebosante de signos de amistad. Para ellos no son precisas las explicaciones: han visto y ven en los ojos de su perro la pacífica, inagotable, serena, generosa ordenación de la naturaleza. Han escuchado en los ojos de su perro una definitiva

declaración, sin vueltas atrás, de entrega. Han sentido también en esos ojos un cándido reproche ante un castigo injusto (y no por el castigo, sino por la injusticia de quien lo impuso, al que esos ojos necesitan seguir viendo infalible y cuya imperfección, más que doler, sorprende).

Hoy escribo para aquellos que –incomprendidos, o solos, o vacilantes, o heridos por otro ser humano– acariciaron distraídos la cabeza de su perro y recibieron en pleno corazón un tranquilizador antiquísimo mensaje procedente de sus ojos dorados, transparentes, purísimos. Para aquellos que a menudo cada día levantan un instante los ojos del trabajo o el libro y encuentran esperándoles los ojos de su perro: incansables, tenaces, alimentados de mirada en mirada. Apenas sin interrupciones, durante seis años y medio, mi perro Troylo ha estado junto a mí. A menos de diez metros de mí. Conoce gestos míos inconscientes que expresan mis estados de ánimo: una forma de colgar el teléfono, de encender un pitillo, de tabalear sobre una mesa, de enfundar la estilográfica, de doblar un periódico le dan pistas certeras. El traslado de una carpeta o unos rotuladores le revelan que vamos a ir de viaje. El descruzar las piernas a una hora es para él clarísima noticia de un paseo.

Ahora tengo aquí a Troylo con los ojos vendados. Con los ojos enfermos y vendados. Troylo ha perdido todos sus poderes. Sólo porque fui yo quien le puso la venda no se la arranca: comprende que por su bien será. Pero se ha convertido en un ser paralizado, marchito, abrumado de oscuridad, pendiente de mi voz: el único sonido que puede apaciguar su corazón, que late y late descompasadamente. Su purgatorio tan sólo se atenúa cuando reposa su cabeza en mi hombro. Entonces lanza el suspiro de su *nunc dimittis*, acaricia mi cuello con sus ojos vendados y yo entiendo que ha llegado mi momento de dar.

Cuando descubra sus ojos, Troylo no verá ya igual que antes. Ha ido alejándose de él el mundo en que ha vivido. La criatura para la que yo soy más preciso y amado en esta vida me dejará de ver como me vio hasta ahora. Tendrá que adivinarme más que hasta ahora. Es con los ojos de Troylo una época de mi vida lo que se está nublando. Acaso yo también me empiezo a ver de otro modo distinto y veo de otro modo –más alejado, como Troylo, y nebuloso– el mundo. Vuelvo acaso la vista más que nunca hacia el hombre interior. Sea como quiera, el mundo no es un jardín de rosas, y el hombre es siempre torpe. Torpe e innecesario. Me consuela –afligido consuelo– saber que Troylo aún me necesita más que ayer.

(De la serie *Texto y Pretexto*)

TOQUE DE QUEDA

Es media tarde. El sol de octubre descansa sobre el césped. El solitario deja su taza de té encima del velador de mármol, y, en manos de sus invitados, una sonrisa y una excusa y una palabra atenta. Se acerca despacio la casa. Entra en ella. La penumbra lo envuelve. Cierra sin ruido la puerta. Sube la escalera que conduce al estudio. En el primer rellano, un vago espejo refleja una cara que apenas reconoce. Desde allí, las paredes tapizadas de cuadros: breves paisajes, colores, apuntes de gestos, de miradas, de facciones que el tiempo confunde y amontona. El solitario atraviesa el estudio y entra en la torre. Sus muros están atiborrados de libros. Sobre las vigas cruzadas se apoya una escalera. El techo piramidal lo sostiene un maderamen casi anaranjado. La mesa, el sillón, una pequeña lámpara... Aquí anochece ya. Ha vuelto el solitario donde antes de que los invitados irrumpiesen. Sube un olor de otoño. Es evidente aquí que el verano ha pasado. Fuera es aún dudoso; pero el solitario sabe que ha subido a su torre, que ha subido a su otoño.

¿Lo rodean recuerdos? No. Alguno lleva dentro de sí, pero ya no afilado, no poderoso ya. Su vida es ésta ahora. Lo que fue se transformó en camino para llegar aquí. El solitario se siente, por fin, libre. De sugerencias momentáneas, de las súbitas iras que lo cegaban, de las cordiales dependencias. (No feliz. No feliz. La felicidad es otra cosa siempre.) Posee una desolada serenidad. No es que haya dado todo por perdido; no es que haya abandonado la esperanza; no es que se sumerja, como en un agua oscura, en el olvido. Sabe que un día rió bajo palmeras, y oyó cantar a pájaros frenéticos, y se bañó los ojos en una luz crispada. Sabe que hubo aceras que lo acercaron a la inquietud o al gozo, y que al pie de otra torre con campanas comprendió que la vida no era un jardín de rosas, y era un jardín de rosas. Sabe que aguardó a alguien sin tener la certeza de que existía, en una esquina amarga y soleada. Y que lo halló, y lo tuvo, y no lo tuvo. Y que luego volvió, con los ojos cerrados, a esta torre cuadrada una vez más... Sabe que el amor, indolente y confuso, nunca pasará ya del último rellano de la escalera que acaba de subir.

Se asoma a la ventana. Escucha las voces de los invitados, sus risas y los silencios que la complicidad mantiene. Alrededor de la fuente corren los tres perrillos por orden de tamaño. Zegrí se detiene de pronto. Mira hacia la ventana. Ha presentido que el solitario lo miraba. Él lo saluda con la mano; retrocede; cierra la cristalera. Hasta aquí se alza, tamizado, el mundo: la mirada húmeda y seria de los perros, el jolgorio de los colegios próximos, el frenazo de los coches apresurados, el matutino pregón del chatarrero, la música navideña de un gran almacén, los altavoces de las campañas electorales... En una fuente, dos granadas pulidas y de un rojo gastado, como de cordobán, tres membrillos olorosos y ásperos, unos cuantos caquis

delicados y de diadema verde. Sobre la esquina de la mesa, un florero de jazmines tardíos y tres varas de nardos. No sólo sube el otoño: está aquí. “Todo está aquí”, se dice el solitario: “el mundo entero, aquí”. Pero el solitario no se envuelve en el mundo. Discrimina lo que desea oír, lo que desea recibir. Por mucho que baje de esta torre, algo de él se quedará aquí siempre, contemplándolo todo...

Se pregunta qué lo ha ido empujando a semejante conclusión. No decepciones, no desesperanzas, no carencia de amor. La explicación –supone– es más sencilla: ha sonado la hora. Ha sonado el toque de queda. Es preciso ordenar los pensamientos, el caudal que las horas incendiarias fueron acumulando. No para descansar en el pasado, sino para que el futuro se construya más sólido y fructífero. Acaso no el futuro personal, sino el de aquellos que abandona. (¿Abandona?) Los árboles no le dejaron ver el bosque. Se ha retirado de él. Desde aquí puede verlo... ¿Quizá es que al solitario lo han empujado fuera de la vida; que ha renunciado a ella? ¿Quién es capaz de decir qué es la vida o qué vida es mejor y más intensa? ¿Quién renuncia o acepta algo tan lejano a la propiedad privada como la propia vida?

¿Es esta torre de marfil? ¿Desdeña el solitario a aquí llos de quienes se separa? ¿Busca aquí sólo su propia explicación, su paz propia, el retorcido placer del que no arriesga nada y nada pierde? Exactamente para lo contrario ha subido hasta aquí. Para olvidarse de la parte de sí mismo que lo distrajo a menudo entre los otros. No volverá a mezclarse. Antes procuraba el querido aislamiento; ahora, con los ojos de par en par y el paso firme, avanza por una ancha avenida vacía. ¿Por generosidad, por solidaridad? No, no sólo por eso. El solitario cree cumplir su destino de este modo: con los alegres, con los tristes, con la queja de los decepcionados. Pero desde aquí ya, desde sí mismo ya. Sin aguardar la compensación –tan frágil– de las manos extrañas, de los aplausos, del agradecimiento. Porque no lo merece. Nadie merece nada por cumplir su destino.

La noche cae. Y la temperatura. Desde el jardín asciende una perfumada humedad. El solitario se estremece. Es luna nueva. El cielo, duro y brillante, nada dice. Las librerías recargadas nada dicen. El corazón nada dice tampoco. No está apenado, ni dichoso, el solitario... Por no sabe qué resquicios, el exterior se introduce, y le llega suavizado y preciso. Él lo recibe como a cada uno de sus invitados al jardín: le habla, o mejor, lo oye hablar, le sonrío y lo despide... Y así llegará, día a día, la hora de la cena. El solitario piensa que quizá otros, por dentro o por fuera –¿quién lo sabe?–, estuvieron mejor acompañados. Hasta san Juan de la Cruz tuvo “la música callada, / la soledad sonora, / la cena que recrea y enamora”. El solitario, cuando den las diez, bajará a cenar solo.

(De la serie *La soledad sonora*)

OTRA CORRUPCIÓN

La corrupción no es siempre de dinero; a veces implica privilegios, sobornos morales o reciprocidades. Que a Amedo se le tramite con asombrosa brevedad su recurso ante el Supremo; que Defensa otorgue la máxima condecoración al firmante de un manifiesto golpista; que a los nombramientos del Constitucional precedan cambalaches entre partidos; que el gasto público se dispare por temor a antipatías inmediatas; que se entorpezca con leyes la labor de la Prensa; que la salud se transforme en mercadería; que se desvíen de su fin los bienes públicos; que a los gobernantes les venga España grande (o demasiado chica, como a González) y se salgan de ella por la tangente ... también es corrupción; quizá la peor de todas.

(De la serie *Fronera*. El Mundo 31 de enero de 1992)

TEXTOS DRAMÁTICOS

SI LAS PIEDRAS HABLARAN TORDESILLAS: LA SOLEDAD DE UNA REINA

Cerca de Valladolid, descansando sobre una larga loma, se refleja en el padre Duero Tordesillas. Vuelta de espaldas su propia gloria, muy próxima al Archivo de Simancas, donde yace enfriada gran parte de la historia de España, Tordesillas, desde sus altas torres, mira pasar el agua interminable. Para narrarles hoy su abolengo y su riqueza elegimos un nombre cuyo apellido, puesto por el pueblo, nos estremece aún: doña Juana la Loca. Fue doña Juana la tercera hija de los Reyes Católicos, casada con Felipe, archiduque de Austria. Para que ella ascendiera las gradas del trono de Castilla hubieron de morir cuatro herederos preferentes: el príncipe don Juan, muerto de amor; su hijo recién nacido; la princesa Isabel, la primogénita, reina de Portugal; y su hijo el pequeño príncipe Miguel. Apenas coronados Juana y Felipe, quien el pueblo llamó el Hermoso, murió Felipe en plena juventud. Ni la mente ni el corazón de doña Juana, cuya vida estuvo invadida de muertes, pudieron resistirlo. Desde Burgos, camino de Granada, partió esta comitiva. Castilla se anegaba de lágrimas al verla. Desaliñada, entre el frío y el cansancio, esperando un nuevo hijo que nacería ya huérfano, la reina de ojos fijos hablaba aún con su esposo. Por orden de su padre, don Fernando el Católico, el cortejo cambió de dirección. El entierro de Felipe el Hermoso acabó en Tordesillas. Y en Tordesillas empezó el entierro en vida de una reina que permaneció más de cuarenta años sola con su recuerdo.

VOCES:

NARRADOR

JUANA LA LOCA

CARLOS

LEONOR

CATALINA

UN ANCIANO

VOCES

JUANA.— Cuando llegué yo aquí, no tenía ojos ni oídos. Para mí no existió el agua, ni el pinar, ni los álamos... Cuando murió Felipe toda la belleza se borró de este mundo... Yo no pude hacer nada para volver a crearla. Sabéis quién soy. Soy Juana, esa pobre loca. Mi historia fue una sarta de desdichas, una larga cadena de oscuros eslabones... Mis padres se llamaron Isabel y Fernando. Apenas si sé más... De lo que estoy segura es que un día estuve enamorada...Felipe... Toda mi vida fue repetir ese nombre.

NARRADOR.— Los hijos de su amor gobernaron los confines del orbe. Leonor, reina de Portugal; en segundas nupcias, reina de Francia. Carlos, rey de España, de los Países Bajos, de Sicilia, de Nápoles, de América; emperador de Alemania. Isabel, reina de Dinamarca. Fernando, rey de Romanos; fundador de la dinastía Habsburgo de Austria. María, reina de Hungría y Bohemia. Catalina, la más dulce de todos, reina también de Portugal...

JUANA.— Es verdad... reina y madre de reyes. Pero, durante más de cuarenta años, el único universo que tuvieron mis ojos fue este río que veis... Así acaban las glorias de este mundo: aprendedlo... Cuando murió el archiduque don Felipe el Hermoso, se perdió la razón de mi existencia... (En un lamento.) ¡Se perdió mi razón!... En las nieblas de Flandes él y yo hablábamos de Granada. “Iremos a Granada”, nos decíamos. Allí luce el sol siempre. Hay jardines. Se oye cantar el agua. Los ruiseñores trinan noches enteras sin cansarse...Cuando él se murió en Burgos, yo le dije: “No importa, amor mío: iremos a Granada. Será como empezar otra vez todo. Como si nada horrible hubiera sucedido...”

NARRADOR.— Y se echó a andar Castilla alante. Por el invierno blanco. Hablándole a un cadáver. Arrastrando su dolor como un manto...

JUANA.— (Muy íntima, muy amante.) No te lo he dicho todavía... Voy a tener un hijo... El sexto hijo. Iremos los tres juntos a Granada... Los otros hijos nuestros están lejos. No me los dejan ver... ¡A este no nos lo quitarán!

NARRADOR.— Dio a luz en Torquemada, al lado del cadáver.

JUANA.— (Mismo tono.) Es una niña...Mírala, Felipe... Tan rubia como tú, con tus ojos tan claros...La llamaremos Catalina, si te parece bien...Gracias por habérmela dado. (El sonido de un beso.) Es tu padre, pequeña... Sonríele a tu padre. Anda, que está esperando...(Otro tono.) Iremos a Granada los tres juntos. Te lo juro, Felipe...¡A esta no me la quitarán! (Cambio. Infinita decepción.) Me engañaron. Me trajeron a Tordesillas engañada... Cuando llegué yo aquí no tenía ojos ni oídos. Para mí no existió el agua, ni el pinar, ni los álamos...(Más coloquial.) Ahora todo ha cambiado. Lo que veis es distinto... Todo, menos el agua que, de tanto cambiar, siempre es la misma...(Por algún rótulo o elemento muy actual, en una broma triste.) Esto no estaba entonces...San Antolín... Santa Clara... Entre estas dos

iglesias distribuí mis horas –mis siglos– de agonía. En Santa Clara dieron tierra a Felipe...Dieron en tierra con mi amor...

NARRADOR.– Aquí estuvo el palacio. En este mismo sitio se había definido la Historia universal. Españoles y portugueses se trazaron aquí sus campos de trabajo. Hicieron una raya en los océanos... Desde lo que hoy son sólo unos cuantos ladrillos se edificó la luz del Nuevo Mundo... El tiempo, con fragor silencioso, anonada lo inmenso: lo sumerge en sus aguas oscuras... Donde hoy hay una escuela, estuvieron el compás y la norma y el eje de la Tierra.

JUANA.– (Musitando.) En Santa Clara dieron a la tierra mi amor...

NARRADOR.– Bajo estos techos de oro permaneció cuanto que daba de Felipe el Hermoso.

JUANA.– Os tajaron de repente, artesonados de oro...Corno a mi corazón.

NARRADOR.– Aquí vino la reina doña Juana cada día... Sobre esta losa postró su desvarío... Ante este tríptico buscó la eternidad ...

JUANA.– Si no existe otra vida es que no hay vida.

NARRADOR.– Por estas salas paseó su herida interminable más de cuarenta años ... En estos claustros se enredó su doliente destino

JUANA.– Yo llegué aquí sin ojos, sin oídos. Se había venido abajo la belleza del mundo. Yo no pude hacer nada por volver a crearla... Enmudeció, lo mismo que mi corazón, mi clavicordio. Enmudecieron las mañanas...La música no es cosa de la muerte.

NARRADOR.– El palacio fue construido por Alfonso XI después de la victoria del Salado. Carpinteros y albañiles moriscos de Sevilla y Toledo vinieron a Castilla para hacerlo... Los vencidos aleccionaron a los vencedores: construyeron sus cúpulas, sus baños, sus irisados zócalos... Toda pelea tiene algo de abrazo: la Reconquista, a fin de cuentas, fue un gallardo vaivén, una larga y gloriosa convivencia. Y la enjuta Castilla se dejó conquistar por la hermosa...

Dicen los orientales que los ruidos más gratos de esta vida sor el tintineo de las monedas de oro, el canto de un surtidor y la voz de quien se ama ...

JUANA.– (Intensamente.) Felipe, ¿por qué no me contestas?

NARRADOR.– Pedro I –el Cruel o el Justiciero, según del lado que se mire– habitó este palacio. Él fue quien, en mil trescientos sesenta y tres, lo convirtió en convento. Un convento de clarisas para su hija Beatriz, la primogénita, habida de su amor apasionado con María de Padilla... Beatriz, heredera del trono, prometida

de Fernando de Portugal, profesó de clarisa en esta bóveda. Fuera de aquí quedaban el amor y la gloria. Fuera, también, la sangre y la traición.

JUANA.— (Decepcionada.) Felipe, di, ¿por qué no me contestas?

NARRADOR.— Santa Clara de Tordesillas, triste refugio de princesas tristes. Aquí concluyó el bello romance de su vida doña Leonor Téllez, la reina viuda de Portugal, la Flor de Altura, que con sólo el poder de su belleza se sentó sobre un trono... Y, por fin, doña Juana de Castilla.

JUANA.— (Desesperada.) Contéstame, Felipe. Toda mi vida fue decir tu nombre... ¡Rejas! ¡Sólo veo rejas! Rejas y cerrojos ...

NARRADOR.— Desde el alto mirador tres princesas malheridas vieron huir el Duero camino de la mar.

JUANA.— Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir.
Allí van lo señoríos
derechos a se acabar
y consumir...

NARRADOR.— Desde este mirador Juana sintió una tarde alterarse el paisaje... (Ruido de caballos, de literas: una tropilla cortesana acercándose.) Una florida cohorte se acercaba.

JUANA.— (A gritos.) ¡A las armas! ¡Vienen a robarme a mi hija! ¡Catalina! (Su voz se pierde por los altos muros.) ¡Catalina! ¡Quieren robarme a mi hija! ¡Alarma! ¡Alarma!

NARRADOR.— (Participando, reflexivamente, en la acción.) Cálmate, Juana, esas tropas no vienen a robarte. Vienen para prestarte pleitesía como acompañamiento de otros hijos tuyos... ¿No los recuerdas?

JUANA.— (Vagamente.) ¿Mis hijos?... Yo tuve muchos hijos...

NARRADOR.— Aquí están.

CARLOS.— (Voz de adolescente.) Señora: os expresamos nuestro más sumiso rendimiento. (Tiene defectos de pronunciación del castellano.)

JUANA.— (Vaga.) Levantad... Levantaos ... (Como con esfuerzo.) Tú eres Carlos, el príncipe... (Alegre) Estos son tus hermanos, Catalina. Míralos... Bésalos ... Cuánto habéis crecido en este poco tiempo.

LEONOR.— (De dieciocho años.) ¿Poco tiempo, madre?

JUANA.— (Quizá con un tono poco natural.) El tiempo se calcula por los latidos del corazón, ¿no es eso? El mío se ha parado hace ya mucho... No lo sé calcular. Aquí no existe el tiempo... A media tarde, en Flandes, vuestro padre y yo íbamos a veros jugar... ¡La vida era una fiesta!...Decidle a Catalina cómo era vuestro padre. Ella nació después. Ella no sabe lo que es tener el milagro al alcance de la voz y la gloria de Dios entre las mano... (Lo ha dicho para sí.)

LEONOR.— Madre, no penséis más en eso...

JUANA.— ¿Es que hay algo más que eso? (Humanizándose.) Ahora tienes el pelo más oscuro, Leonor. Y tu sangre española se te asoma a los ojos: antes eras tan blanca... Y tú, príncipe Carlos, a ver... Déjame verte... (Desilusionada.) No. No te pareces a él... Nadie se le parece ...

CARLOS.— He querido, señora, que mis primeros pasos en España fueran para venir a visitaros ...

JUANA.— ¡No! No has venido a Castilla para verme... Has venido a reinar! (Una mezcla de excitación y de cordura.) ¡Tienes ojos de rey! (Solemne) Reina en mi nombre, Carlos... Yo ya no tengo gana. Pero, cuidado, hijo: veo demasiados extranjeros a tu alrededor. Guárdate de ellos. O si no, guárdate de Castilla. No le gustan ni las caricias de manos extranjeras...y sólo acepta órdenes bien pronunciadas en su propia lengua... El pueblo es la raíz; el príncipe es el tronco; los consejeros deben ser las ramas: todos, un mismo árbol de una misma simiente...Que Castilla te valga, Carlos de Austria..., y que tenga más suerte que conmigo...(Veleidosa) Vámonos, Catalina. Tus hermanos han hecho un largo viaje. Yo he terminado el mío... Pero ellos necesitan descansar antes de volver a su camino. (Una extraña música majestuosa.)

NARRADOR.— ¿Son estas o no son palabras de una loca? Unos años después la Historia cumplió su profecía... De nuevo desde su mirador vio inundarse el paisaje de gritos y carreras ...

JUANA.— (Como la vez primera.) ¡Alarma! ¡Alarma! ¡Mi hija! ¿Dónde estás, Catalina? ¡Quieren robarme a mi hija ...

NARRADOR.— Esta vez eran hombres que se acercaban de distinta manera. No una tropilla en orden, sino los Comuneros que llegaban en busca de su reina.

VOCES CONFUSAS.— (Entre los ruidos de armas, de cascos, etc.) ¡Viva la reina! ¡Abajo los extranjeros! ¡Castilla por doña Juana! (Las voces van concretándose hasta hablar de una en una, como en plegaria.)

—No es vuestro hijo, señora: son las gentes de Flandes quienes rigen Castilla...

—El pueblo está agobiado por impuestos que acrecientan las bolsas extranjeras...

–Carlos prefiere ser emperador de Alemania que rey en nuestras tierras.

–Han pisoteado el orgullo de Castilla.

–Todas las Comunidades os esperan ansiosas.

–¡Vos sois la reina por derecho de sangre!

–(Como en una arena.) ¡Salvemos a la reina prisionera y que la reina nos salve a nosotros después!

UN ANCIANO.– Firmad esta proclama en que os declararéis presa en Tordesillas. Miles de castellanos vendrán a liberaros...

VOCES.– ¡Seréis reina otra vez!

–¡ Lo sois, alteza! ¡Os nos robaron!

–ANCIANO.– Señora, sin vos Castilla se pierde sin remedio...

JUANA.– Castilla permitió que me perdiera. ¿Por qué debo salvarla yo a ella ahora? Mirad estos harapos. Mirad estas arrugas... ¡Tengo muchos reproche que hacerle yo a Castilla!

ANCIANO.– Castigadla después, alteza. Con el cetro en la mano. Pero ocupad el trono que os han arrebatado... ¡Firma esta proclama!

JUANA.– Quizá Dios... Quizá Dios quiere... Quizá Dios quiere segunda vez que viva... (Decidida. Un silencio.) ¡Prestadme tinta y pluma! (Murmullos. Rasgueo de una escritura.) ¡Yo, la reina!

VOCES.– (Enfrecidas.) ¡Viva la reina!

ANCIANO.– ¡Arrodillémonos! (Bisbiseo con que se pasan de unos a otros la orden.)

JUANA.– Sí, de rodillas todos: los coronadores y la coronada...

ANCIANO.– Delante de Dios y de Santa María y de todos los Santos, en nombre de las Comunidades de Aragón y Castilla os reconocemos como la única y verdadera soberana de España ...

JUANA.– ¡Y yo acepto esa carga! (Trompetería.) De manos populares recibo hoy la corona ...

VOCES.– (Que llenan todos los ámbitos.) ¡Castilla y Aragón por doña Juana! (El grito se va repitiendo, como entubado, sumergiéndose en la memoria de Juana.)

JUANA.– Hace años que escuché esas mismas voces... (Habla como para sí.) Decían lo mismo que ahora dicen. Con el mismo fervor... “¡Castilla y Aragón por doña Juana!” ... Entonces no estaba sola yo: tenía un rey al lado. Soñé que era la reina...

No fue un sueño agradable. Entre estos fríos muros me desperté de él... Ya no quiero volver a soñarlo de nuevo...(Con otro tono, a los Comuneros.) Devolvedme ese documento, hijos míos. Palabras son palabras... (Ruido de un papel rasgándose dos veces.) Pero hay palabras con filos que verterían sangre... Ni vosotros ni yo podemos atentar contra la nuestra. ¿O es que tenéis sed, castellanos, de sangre castellana?... Mi hijo Carlos cambiará: yo os lo juro. Es mucha España para no quererla... ¡Paz, Comuneros, paz! Bastantes amapolas tienen ya los trigales de Castilla... El Señor os bendiga... Lo que me quede por vivir, que sea entre estos muros. No es mi misión interceptar la Historia... ¡Idos ya! (Pasos alejándose que se detienen cuando vuelve a hablar con una emoción enorme.) Y si me recordáis alguna vez —cuando atardezca— en Ávila, en Toledo o en Segovia, no me recordéis así... Recordadme de joven, con Felipe a mi lado, como estaba aquel día, cuando en Valladolid me jurasteis que sería reina siempre... Dios os guarde, hijos míos... Y Dios guarde a mi hijo de vosotros... (Una música, quizá la de antes, pero con un *tempo* de nostalgia.)

NARRADOR.— Y, por tercera vez, una mañana un grupo de caballeros con el pendón real, se aproximó al palacio. (Sonido correspondiente. Alguna voz de mando. Descabalgan.)

JUANA.— (Sin gritos, con una terrible convicción.) Van a robarme a mi hija—. (Con asombro.) Catalina ... ¿Quién te ha vestido así? Esa es ropa de viaje—. ¿Es que te vas? ¿Es que esas gentes vienen a llevarte? (Grito.) ¿Qué tropa es esa?

NARRADOR.— (Participando, como un reflejo desdoblado de Juana. Es mitad española, señora, y mitad portuguesa. Viene en nombre del rey.

JUANA.— El rey es mi hijo ... ¿Qué es lo que quiere el rey?

NARRADOR.— Que deis vuestro consentimiento para que la infanta doña Catalina sea reina en Portugal.

JUANA.— ¡Nunca! ¡Lo sabía! ¡Eso, nunca! ¡Sabía que vendrías a quitármela! ¡Nunca! ¡Lo único que me queda y me lo roban! (Como en una ventana.) Que se enteren bien todos: ¡Nunca, ladrones! ¡¡¡Nunca!!! (Intentando mantenerse) Yo soy la reina...

NARRADOR.— (Serenamente.) No se puede torcer el destino de nadie. Su destino, como lo fue el tuyo, es reinar, Juana... La infancia de tu hija en Tordesillas ha sido triste, Juana. Apenas sabe sonreír... Deja que vuele ...

JUANA.— (Firme aún.) Nunca ...

NARRADOR.— Sé que la vida te ha ido deshojando lo mismo que el otoño a una rosa. Sé que tu última hija es el último pétalo que tienes... Pero déjala ir...

JUANA.— (Más débilmente.)... Nunca ...

NARRADOR.— En Portugal la espera su verdadera vida.

JUANA.— ¿Y la mía? ¿Quién piensa en mí? Me despierto de noche y me pregunto: “¿Por qué tanto dolor para mí sola?”

CATALINA.— (Con una voz muy joven y mojada.) Madre, yo no te dejaré.

NARRADOR.— Tú has jugado tu vida y las has perdido, Juana... Tú ya sólo eres llanto. Catalina florece ahora: no la ahogues en él...

JUANA.— España, España: ¡qué dura eres conmigo! Me asedias, me aniquilas, me enloqueces, y ahora, por fin, me arrancas hasta este sorbo de agua pequeño que me queda... Apréndelo, hija mía: así tratan los pueblos a sus reinas... El amor de los pueblos es exigente y áspero como el amor de Dios.

CATALINA.— (Sollozando.) No me iré, madre, no me iré de tu lado ...

JUANA.— Hija mía, mi niña, novia de Portugal... Sí te irás. Ama y sé amada. Sufre, gástate, arde, pero ama. Sin el amor, la vida se detiene como un agua estancada. Mírame a mí... España a Portugal siempre dio buenas reinas. Sé tú una más... Y que lo que yo he llorado te sea tenido en cuenta... (Un sollozo de la muchacha.) Las princesas no lloran, no lo olvides. (Entre un ruido de besos, muy bajito.) Yo no pude aprender esa lección... (Gritos.) ¡Lléváosla! ¡Lléváosla! ¡No estáis viendo que me voy a morir? ... ¡Deprisa! ¡Antes de que me arrepienta y tengáis que matarme para poder quitármela!... ¡Deprisa, por caridad!... (Destrozada.) ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Deprisa! (Galopes alejándose. Silencio. De repente, corriendo por las capillas y los corredores.) Que cierren las ventanas del palacio. Que las claven. Que atranquen bien las puertas y remachen las trancas ... Ni un rayo más de luz para mis ojos... ¡Quiero esperar la muerte entre tinieblas! (Va reduciéndose la visibilidad.) Yo Juana, la mendiga: reina sin reino; amante sin amado; madre sin hijos... (Desgarradoramente.) España, ¿qué más quieres? (La luz sólo tiene, bajo su campo, la piedra de las tres agollas de la iglesia.)

NARRADOR.— Bajo esta piedra comenzó a descansar Juana la Loca, hasta que, con su esposo, fue, por fin, conducida a Granada... donde el sol luce siempre y hay jardines, donde sonrío el agua, donde los ruiseñores cantan noches enteras sin cansarse...

(Una música llena de solemnidad, de gloria, de aguas que corren, cierra el paisaje de Tordesillas, contraponiéndose a la que lo abrió, lenta y funeral.)

PAISAJE CON FIGURA

EUGENIA DE MONTIJO

España ha exportado, con bastante frecuencia, reinas. Una de las más deslumbrantes fue Eugenia de Montijo. Quizá lo peor que hizo en su vida –no lo pensó así ella fue casarse con Luis Napoleón Bonaparte. Era un ex conspirador que se enfrentó a la República para instaurar una dinastía imperial, pero resultó incapaz de enfrentarse con Prusia. Era un pacifista que se empeñó en rehacer el mapa de Europa; pero quiso quedar bien con Dios y con el Diablo –o sea, con el Papa y con Italia – , y además impulsó el nacimiento de Alemania, su enemiga más íntima y más larga. Era un débil que creyó contrarrestar la fuerza de los Estados Unidos fundando un Imperio mejicano en manos de un Habsburgo. Demasiadas contradicciones.

Porque Napoleón el Chico, aparte de éstas, tuvo muchas otras. O sea, que la boda, si a Eugenia le hubiese importado algo más que la boda, no fue una maravilla. Pero si él era un *parvenu*, ella realmente no le andaba a la zaga. Y en el pecado llevó la penitencia.

Hoy vamos a encontrárnosla muy cerca de su muerte, superviviente de sí misma, con noventa y cuatro años, dormitando en el jardín del palacio de Las Dueñas de Sevilla, soñando con lo único que no tuvo: juventud, alegría de vivir, amor, gozo despreocupado y generoso. En sueños va a tropezarse con la Eugenia granadina de los diecisiete años, para la que será un fantasma ominoso, enlutado y amenazador. Qué terrible que, antes de comenzarla, nos cuenten nuestra vida; nos la pongan de pronto ante los ojos: entera, fría, ajena, vivida y desvivida. Frente a frente veremos lo que ya ha sido y lo que pudo ser: aunque el destino acabe, tarde o temprano, por cumplirse. Y entre las dos Eugenias contrincantes, como un árbitro, la voz serena –sin ilusiones ni desilusiones– de la Eugenia que debería haber sido. Es decir, la voz imparcial de su conciencia. Oigamos a las tres, y saque cada uno sus propias conclusiones.

(Palacio de Dueñas, en Sevilla. Una galería. Luego, el jardín.)

EUGENIA VIEJA.– Gracias a Dios, antes de morir, he visto con estos ojos, que ya no sirven para nada, esta luz andaluza, esta luz de Sevilla. Y digo lo que el viejo Simeón del Evangelio: “Ahora, Señor, podéis llevarme ya.”

VÓZ MASCULINA.– Aún os queda Granada, majestad, vuestra Granada. Allí es la luz más pura todavía.

EUGENIA VIEJA.– No, ya no iré a Granada. Hace tanto calor y están mis huesos tan cansados... No veré más Granada.

(Flashes de EUGENIA JOVEN por Granada.)

EUGENIA VIEJA.— Siempre la eché de menos, y siempre la llevé en mi corazón. Ella no morirá. Seguirá siendo eternamente bella, eternamente joven... A mí me conoció también joven y bella. Acaso sea mejor no volver nunca. En cada esquina me tropezaría con aquella muchacha que yo fui, ¿hace ya cuántos siglos? ¿Y qué diría al verme esa muchacha? ¿Qué he hecho yo con su vida? ¿Qué puedo responder a sus preguntas? Ella era tan feliz. La recuerdo con diecisiete años: tan feliz ... No, no iré ya a Granada. (Se ha sentado en el jardín. Se adormece. En su sueño nos vamos a Granada. Vemos a Eugenia vieja observando a Eugenia joven en esquina, en plazas... Lentamente se acerca a ella, que observa la ciudad. La acaricia)

EUGENIA VIEJA.— Qué hermoso pelo tienes. Qué hermosos ojos. Ya sólo veo bultos: déjame que me acerque.

(Sus arrugadas manos acarician las jóvenes facciones.) Sí, verdaderamente fuiste hermosa ... ¿En dónde está tu hermana?

EUGENIA JOVEN.— Preparando su boda. Ella se casa. Con el duque de Alba. Paca sí que es hermosa. Una mujer morena, no como yo. El rojo de este pelo no se oscurece por mucho que lo frote con el peine de plomo que le compré en Carabanchel a un buhonero. A quién voy yo a gustarle.

EUGENIA VIEJA.— A todo el mundo, ya lo comprobarás.

EUGENIA JOVEN.— Me pienso ir a un convento ...

EUGENIA VIEJA.— (Atusándole el pelo.) Cuando menos lo quieras se apagará su fuego poco a poco, se irá poniendo rubio, y luego, sin que apenas te des cuenta, te irán saliendo las primeras canas, las segundas... Cuánto vas a añorar este rojo de ahora. Porque teñirlo, ya verás, no es un remedio: nada remedia la vida que se va.

EUGENIA JOVEN.— ¿Quién eres?

EUGENIA VIEJA.— Lo sabes. Mírame. Lo sabes. Soy tu muerte, Eugenia. Fui tu muerte. Para que yo llegase era preciso que te fueses tú. Yo soy también, Eugenia ... Cuántas Eugenias han debido morir hasta llegar a la más desvalida de todas, a la más fea de todas. Entre tú y yo hay una helada mar de desengaños. Se me dio todo para írmelo quitando todo luego.

VOZ FEMENINA.— No hables de eso a esta niña. Ella debe vivir. Y vivir es ir haciendo la vida, cada uno la suya, día a día, sin saber el final.

EUGENIA VIEJA.— (A Eugenia joven.) Eres una predestinada.

VOZ FEMENINA.— No hay predestinaciones. Nada está escrito.

EUGENIA VIEJA.— (Tomándole la mano a Eugenia joven.) ¿Te leyeron ya la mano?

EUGENIA JOVEN.— (Están en el Sacromonte.) Una gitana me dijo un día aquí la buenaventura. Me juró que sería más que reina.

VÓZ FEMENINA.— ¿Qué muchacha, a tu edad, no va a ser más que reina?

EUGENIA JOVEN.— Y añadió que viviría cien años, pero que acabaría en la oscuridad.

EUGENIA VIEJA.— Es cierto.

VÓZ FEMENINA.— Nada está escrito. Una vez sucedido, es fácil encontrar los vaticinios. A toro pasado, todo son signos. Se cuenta (Lápida en la casa de Eugenia de Montijo.) que naciste bajo un árbol, en el jardín, porque hubo un terremoto cuando a tu madre le iba a llegar la hora. Se lo inventó tu madre: no hubo tal terremoto. Tu madre fue muy aficionada a los adornos. A los adornos y a las buenas bodas. También se inventó una familia descendiente de Fingal, el fundador de Irlanda, pero su padre vendía vino y frutas en Málaga. Qué apasionada de la sangre azul.

EUGENIA JOVEN.— ¿Tú no oyes una voz?

EUGENIA VIEJA.— Es mi conciencia. Se dice casi en broma “la voz de la conciencia”, pero existe. Y, después de conversar conmigo tantas noches de insomnio, tiene derecho a intervenir.

VOZ FEMENINA.— ¡El mito de Eugenia de Montijo! Veinte metros de tela, un cuello airoso, una linda mirada y muchas toneladas de ambición. Yo lo sé bien. Cuántos inventos. Tu padre no se quedó tuerto y cojo en la barrera de Clichy luchando por Napoleón: la pierna se la partió en el Puerto de Santa María, y perdió el ojo manejando con torpeza un fusil en la Maestranza de Sevilla. Y hasta que no se murió, gracias a Dios soltero, tu tío Enrique, ni hubo condesas de Montijo, ni de Teba, ni tuvisteis un duro, ni perro que os ladrara.

EUGENIA JOVEN.— Qué desgraciada soy.

EUGENIA VIEJA.— Teniendo por delante la vida, es decir, todo, ¿por qué eres desgraciada?

EUGENIA JOVEN.— Por lo mismo que tú, que lo has tenido todo.

EUGENIA VIEJA.— Yo ya no soy desgraciada. Yo ya casi no soy: me he sobrevivido. A mi lado no hay nada. De cuanto perseguí, no queda nada; nadie, de las personas a quienes quise. Sólo fantasmas a mi alrededor, sombras como en mis ojos, recuerdos vagos. Mi vida es como un sueño pasajero en mitad de la noche. Está lejos, desvaída, como si le hubiese sucedido a otro, a alguien conocido, pero remoto, cada vez más remoto. Ya no me duele nada. Sólo me dueles tú. Te creía feliz —qué

mal nos conocemos— y ahora te veo llorar.

EUGENIA JOVEN.— Yo amaba a James. Yo amaba al duque de Alba. Y él eligió a mi hermana.

VOZ FEMENINA.— No lo amabas. Querías ser duquesa.

EUGENIA VIEJA.— (A la voz.) No digas eso. (A Eugenia joven.) Tendrás que olvidarte del corazón, pequeña. No va a servirte de ahora en adelante. Yo sé tu historia mejor que la gitana del Sacromonte. Porque yo soy tu historia. Y no sé si soy yo la que estoy dormida, soñándote, o eres tú quien me sueña. No sé si voy o vienes. Pero somos la misma. Tú serás yo. Yo, sin embargo, no podré volver a ser la que tú eres, ni a sentir esa pena tuya de hoy. Ay, qué distintos somos de nosotros mismos. El juego ya está hecho y la vida cumplida. (Transición.) Eugenia, te pretenderán tantos hombres famosos que te reirías si ahora te los enumerara. Hombres del mundo entero se enamorarán de ti, consuélate. Serás como una diosa.

VOZ FEMENINA.— Ése es el peor modo de dejar de ser una mujer. El amor hace pasar el tiempo, y el tiempo, ay, hace pasar el amor... Sí, consuélate. ¿No es el duque de Alba? Será otro. Tu madre no se azora: no hay en la tierra casamentera igual

EUGENIA VIEJA.— ¿Te dice algo el nombre de Napoleón?

EUGENIA JOVEN.— (Secándose las lágrimas.) La primera vez que lo oí fue una noche, ya casi dormida, junto a la chimenea, a esa hora en que mi padre contaba sus andanzas. Tendría cinco años. Napoleón el Grande... Luego, a los diez, vi a su sobrino Luis Napoleón. Estábamos comiendo en la Prefectura de Policía en París. Él pasó, cabizbajo, por una galería acristalada. Iba preso. Había fracasado su golpe de Estado en Estrasburgo y salía desterrado para América. Me emocionó pensar que era un conspirador.

VOZ FEMENINA.— Desde niña, cuánta novelería.

EUGENIA JOVEN.— A los doce años quise ir a verle al fuerte de Ham. A su vuelta de América, había intentado pronunciarse en Boulogne, y estaba otra vez preso. No me dejaron ir, pero era tan romántica la idea. Para mí la aventura siempre ha tenido el nombre de Napoleón.

EUGENIA VIEJA.— Para ti será más que una aventura. (Pausa.) Te casarás con él.

EUGENIA JOVEN.— (Extrañada.) ¿Por amor?

EUGENIA VIEJA.— ¿Qué tiene que ver eso?

VOZ FEMENINA.— Por estrategia, niña. Te costará trabajo.

EUGENIA JOVEN.— Es increíble.

EUGENIA VIEJA.— (Granada al fondo.) Mira, también es increíble Granada. Y estamos ahora en ella.

EUGENIA JOVEN.— ¿Cuándo me casaré?

EUGENIA VIEJA.— Aún te faltan diez años.

EUGENIA JOVEN.— Qué horror: toda una vida.

EUGENIA VIEJA.— Te parecerá un soplo. Ni yo recuerdo bien qué sucedió en esos diez años que te faltan.

VOZ FEMENINA.— Viajes, vestidos, coqueteos, murmuraciones, más vestidos, más coqueteos, más viajes: tonterías, ¿cómo vas a acordarte?

EUGENIA JOVEN.— Pero, con veintisiete años, ¿soltera todavía?

VOZ FEMENINA.— El mejor pescador es el que tiene más larga la paciencia, no la caña.

EUGENIA VIEJA.— En mil ochocientos cincuenta, aún quedan siete años, en casa de tu prima la condesa Matilde, conocí a Luis Napoleón. Yo iba de azul y llevaba diamantes. Las muchachas entonces no solían llevarlos. Francia era una República —igual que ahora, ¿ves?— y él era el presidente. Habló conmigo no sé de qué. Yo sonreía y miraba sus ojos resbalar por mi escote. Dos años y medio después entrábamos en la catedral de París para casarnos.

VOZ FEMENINA.— Y en ese tiempo cuánto te maneje, cuánto estira y afloja, cuánta técnica y cuántas decepciones. Hasta tu madre se declaró vencida varias veces. Hasta Merimée te aconsejó que renunciaras. Hasta tu hermana Paca fue a París a decirte que dejaras la lucha y te volvieras. La sociedad francesa te tomó por una mujer fácil; todo París creía que eras la querida del príncipe, una aficionadilla a madame Pompadour. Te insultaban, te cambiaban de sitio en los banquetes, te apodaban “la pelirroja” y “la española”... La verdad es que eso te lo siguieron llamando mucho tiempo.

EUGENIA VIEJA.— A María Antonieta la llamaron la austriaca. Los franceses tienen esa fama de hablar: son chauvinistas, ya se sabe.

VOZ FEMENINA.— Cuánta tenacidad. El lema de tu madre era “el que la sigue, la consigue”. Pero ése era también el lema de Luis Napoleón. ¿O no supiste nunca que, cuando te pretendió en Madrid su primo el príncipe Jerónimo —le llamabais Plon Plon— que era embajador de Francia, Luis Napoleón, sin conocerte aún, le escribió en una carta: “La señorita de Montijo es una de esas mujeres con quien uno se acuesta, y no con quien uno se casa”?

EUGENIA VIEJA.— Me alegro de haberle hecho cambiar radicalmente de opinión. Más bien fui una mujer con quien uno se casa y no con quien se acuesta.

VOZ FEMENINA.— ¿Por dónde se llega a vuestro dormitorio, Eugenia?”, te preguntó al final de una noche en Compiègne. Y tú le respondiste: “Por la iglesia, señor.” ¿Dónde acababa en ti la decencia, Eugenia; dónde empezaba el cálculo? Tú sabías que Luis Napoleón era hijo de la reina Hortensia y nieto de Josefina Beauharnais, un martinicana; de sangre le venía ser caprichoso y sensual. Y sabías que la mejor manera de encenderlo era negarte. Cuando se acercaba, tú le huías; cuando se te iba de las manos, le silbabas. No es nueva esa táctica. De ahí que cada vez que tu madre, intranquila, te advertía: “Te quedarás soltera”, tú replicabas con un brillo en los ojos: “Lo veremos.”

EUGENIA VIEJA.— Y lo vimos. Planteé mi ultimátum a Napoleón la noche de un treinta y uno de diciembre. Él ya era emperador. Las dificultades para el matrimonio habían crecido. Se oponían los ministros, la familia Bonaparte, Francia entera. Pero yo tenía de mi parte el amor.

VOZ FEMENINA.— El deseo, dirás.

EUGENIA VIEJA.— (A Eugenia joven.) Esa noche era la primera recepción imperial que se celebró en las Tullerías. Yo vestía de malva claro, con un escote enorme. La mujer del primer ministro no me dejó sentarme junto a ella. Napoleón me condujo a los taburetes reservados a su familia. La princesa Matilde apenas si inclinó la cabeza. Su prima, la duquesa de Hamilton, se reía de mí. Yo estuve a punto de echarlo todo rodar, harta ya de desaires, de miradas atroces. Yo era Grande de España. Napoleón bailó primero con la embajadora de Londres. El segundo baile — por fin — fue para mí. Cada existencia tiene un minuto decisivo. El mío fue aquel baile. Ahí cambió mi destino. Temblándome los labios, yo le dije: “He venido, señor, no para que se me agravie, sino para decirle adiós. Sólo puedo quedarme en Francia con una condición, y usted la sabe.” Él me miraba como difícilmente un hombre haya mirado a una mujer: sus ojos me abrasaban la piel. “Esta misma noche pediré la mano de usted a la señora de Montijo” El amor, la constancia, la honestidad habían ganado la batalla.

VOZ FEMENINA.— No se habla de ganancias cuando se habla de amor. Y en cuanto a honestidades, hay muchas formas distintas de pensar.

EUGENIA JOVEN.— ¿Fuiste feliz? ¿Seré feliz?

EUGENIA VIEJA.— El éxito, el poder, la admiración, la magnificencia son una manera de felicidad.

VOZ FEMENINA.— Una pobre manera, y tú lo sabes. O mejor, lo supones: no tienes términos de comparación porque jamás fuiste feliz.

EUGENIA VIEJA.— El veintinueve de enero de mil ochocientos cincuenta y tres era sábado. (Acariciando el rostro de Eugenia joven.) Ese día caerá en sábado, témeles

a los domingos... Celebramos la ceremonia del matrimonio civil. Yo vestía de seda roja con encajes y llevaba el collar de perlas del Emperador. El Salón de Mariscales brillaba como un ascua...

VOZ MASCULINA.— (Muy lejana. Comienza a escucharse, pianísimo, la marcha de “El Profeta”, de Ketelbey.) ¿Declara vuestra majestad tomar por esposa a su excelencia la señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba, aquí presente?... Señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba, ¿declara vucencia tomar por esposo a su majestad el emperador Napoleón III, aquí presente?

VOZ DE EUGENIA.— (Igualmente lejana y firme.) Declaro tomar por esposo a su majestad el emperador.

EUGENIA VIEJA.— Al día siguiente repicaban todas las campanas de París. Yo llegué a Notre Dame de terciopelo blanco, arrastrando una cola larguísima. Tan larga casi como la reverencia que le hice al pueblo de París. Sobre el velo, la diadema de zafiros y brillantes que llevó Josefina el día de su coronación. En el talle, el cinturón de zafiros que le regaló Napoleón a la emperatriz María Luisa. Después, desde las Tullerías, saludé a la muchedumbre, vestida de terciopelo rojo y martas cibelinas, cuajada de los rubíes del Imperio.

VOZ FEMENINA.— Las joyas, para los advenedizos, son también una puerta por donde entrar a la Historia.

EUGENIA VIEJA.— (A la voz.) El republicano Thiers siempre dijo que, si Luis Napoleón se había casado conmigo, era para ser grande de España cuando dejase de ser emperador. Mis títulos, en el acta de matrimonio, llenaron dos carillas. Desciendo de Santo Domingo de Guzmán y de Guzmán el Bueno.

VOZ FEMENINA.— Para ser de mejor raza que Napoleón, no hacía falta mucha. Era hijo de la reina Hortensia, pero no de su marido Luis Bonaparte. Su padre era, probablemente, el almirante Ver Huell, un holandés. Ni siquiera es seguro: Hortensia se embarullaba mucho en eso de los padres de sus hijos. Luis Napoleón siempre tuvo complejo de ilegitimidad: por su nacimiento y por su forma de llegar al trono. Cuando su tío el rey Jerónimo le reprochaba no tener nada que ver con el gran Napoleón, él respondía: “No es cierto. Algo tengo en común: infortunadamente, su familia.” Y, al fin y al cabo, ¿qué importaba? Un advenedizo en una corte de advenedizos. Los verdaderos aristócratas —tú lo sabes, Eugenia, porque tú sí lo eres— no pasaron por ella. Jugasteis al Imperio como María Antonieta jugaba a los pastores.

EUGENIA VIEJA.— (A Eugenia joven.) Es molesta esa voz, pero no mala. Lo que ocurre es que, en ocasiones, no tiene, al opinar, los pies sobre la tierra.

EUGENIA JOVEN.— ¿Qué es ser emperatriz?

EUGENIA VIEJA.— Ya casi no lo sé. Fui emperatriz durante diecisiete años, tu edad de ahora. Llevo cincuenta siendo ex emperatriz: se me ha olvidado. Recuerdo que no era nada fácil. Había tantas cosas que llevar, tanto ajetreo: desde la primavera hasta agosto la corte residía primero en Saint Cloud, luego en Fontainebleau. Volvíamos a París el quince de agosto, el día del emperador. De París a Biarritz; a Saint Cloud otra vez, y, en noviembre, a Compiègne hasta mediar diciembre. A eso hay que agregar el vestuario, las visitas continuas, las audiencias, las exposiciones universales, los asilos, los hospicios, las fiestas. A las recepciones íntimas asistía medio millar de personas; a las oficiales, de tres a cuatro mil. El París de hoy no es ni un reflejo del que fue mi París.

VOZ FEMENINA.— A tenor de eso no puede extrañar a nadie que París acabara sitiado por los alemanes, y los emperadores, expulsados.

EUGENIA VIEJA.— Se me criticó primero por dedicar demasiado tiempo a los trapos. Hasta que empecé a dedicarme a la política, y me hicieron responsable de todas las desdichas. ¿Qué iba yo a hacer entonces? No brillar, no gobernar, no ser representativa. ¿Qué emperatriz es ésa? ¿Cómo iba yo a cumplir mi destino?

VOZ FEMENINA.— No hay destino, Eugenia. Por una razón y por la otra, te detestaron los franceses.

EUGENIA VIEJA.— Falso. En los momentos cruciales yo estuve junto a Francia, y ellos me amaron. Lo que sucede es que en ningún país del mundo es tan corta la distancia entre lo sublime y lo ridículo: allí a uno se le aclama hoy y se le echa mañana. Luis Napoleón no quiso nunca que nuestras cuberterías fuesen de plata: sólo tenían un baño. “La plata de los reyes”, me decía, “antes o después, siempre acaba fundiéndose.”

EUGENIA JOVEN.— Eso a mí no me importa todavía. ¿Amaré a mi marido?

EUGENIA VIEJA.— Cada cual ama lo que busca, jovencita. Amarás en él tus sueños de gloria, tu seguridad, tu orgullo: te amarás a ti en él.

VOZ FEMENINA.— Qué generosidad.

EUGENIA JOVEN.— ¿Os llevasteis bien, por lo menos?

EUGENIA VIEJA.— Divinamente.

VOZ FEMENINA.— En la alcoba fuiste fría con él. Napoleón persiguió fuera de ti sus goces. En el salón del trono fuiste dura con él. ¿Ya no te acuerdas? Cuando la cuestión entre Prusia e Italia, estando en Villeneuve l'Étang, le sugeriste a tu marido, que te había coronado, que abdicara y te dejase de regente para salvar la dinastía.

Como si tú fueses Ana de Austria, y tu hijo, Luis XIV, y a pesar de tu desastroso y sangriento fracaso de Méjico, esa estúpida aventura que tú llamabas “tu guerra” ¡Vanidosa! Y más tarde, en los últimos momentos, después de la catástrofe, cuando tu esposo vencido iba a regresar a París, tú gritaste: “Muerto; que no vuelva más que muerto. De una guerra, un emperador no puede regresar más que triunfante o muerto.”

EUGENIA VIEJA.— Reinar tiene también su cara oscura: las derrotas, los atentados, los enredos diplomáticos, los descalabros. En política se llama equivocación a lo que no es un éxito. Es el alto precio que se debe pagar por los momentos inolvidables.

EUGENIA JOVEN.— ¿Cuáles fueron para ti? ¿cuáles serán para mí esos momentos? Dime.

EUGENIA VIEJA.— Sobre todos, el nacimiento del príncipe imperial. Se hizo tanto esperar, y yo no era ya ninguna niña. Con él se aseguraba la continuidad de la dinastía. Me sobrevino una felicidad inexplicable: no sólo por ser madre, sino por ser la transmisora de la realeza, por haberme convertido en eslabón de una cadena que desciende de la divinidad.

VÓZ FEMENINA.— No mezcles a Dios en nuestras despreciables intrigas. Fuiste demasiado rígida con tu hijo: exigente y tacaña.

EUGENIA VIEJA.— El emperador era débil con él, lo mimaba. Había que contrarrestar esa influencia. Yo nunca fui efusiva. Con nadie. Y mi hijo no era un niño como los demás: era preciso educarlo para rey. Para ser un buen rey no basta ser un verdadero hombre... (A Eugenia joven.) Ah, cómo fue el bautizo. Los padrinos, el Papa y la reina de Suecia. El fasto fue aún mayor que el de mi boda. Los Bonaparte se reafirmaban, o eso creía yo entonces. Lulú, envuelto en un manto de armiño, recibía los vítores de la multitud. Y París, conquistado, me aclamaba. Yo vestía de azul, y lucía sobre mis brazos, sobre mi cuello, sobre mi frente los diamantes de la corona de Francia. El porvenir de esa corona, con mi hijo — pensaba mientras sonreía al pueblo—, sería más alto que con los Capetos... (Transición.) Un soplo de aire basta para abatir al más dulce de los frutos. (Pausa entristecida.)

EUGENIA JOVEN.— Por favor, continúa.

EUGENIA VIEJA.— Recuerdo también el Te Deum de agradecimiento por las victorias de Italia. Fuimos mi hijo y yo, como en éxtasis, a la catedral. Los soldados nos arrojaban ramos de flores. La muchedumbre se arrodillaba. Lulú lanzaba besos a todos con su manecita. Cómo unos súbditos pueden cambiarse un día en enemigos. El niño, de vuelta a Saint Cloud, me preguntaba alegre: “¿Vamos a ir mañana a otro Te Deum?” Ni él ni yo iríamos nunca más a otro ninguno. La vida no nos dio más ocasiones. Todo fue como un sueño irisado y gozoso, del que te

vas despertando poco a poco sin querer despertarte, fingiéndote dormido hasta el brusco empellón que te echa abajo de la cama... (Eugenia joven va a acariciarla. Ella aparta con dignidad la cara.) El último día hermoso fue el dieciséis de noviembre de mil ochocientos sesenta y nueve. Inauguré el canal de Suez. Era una obra colosal, arriesgada y muy provechosa para Francia. Se concluyó sólo ante mi insistencia... Qué semanas maravillosas. Navegando por el Nilo, iluminado y plácido, tomé la decisión de olvidar todo lo que en mi vida desluciera los hermosos colores de cualquier ilusión. Aún no sabía, igual que tú no lo sabes ahora, que me aguardaban los tragos más amargos. Unos meses después se había acabado todo. Todo, menos la vida... Los reyes en exilio van molestando por doquiera que van: son teatrales e irreales, tristes testigos de algo que ya no existe. La muerte del emperador me dejó sin más apoyo ni más esperanza que mi hijo. No me quedaba otra razón para vivir: no por ser mi hijo sólo, sino porque era el aspirante a la Restauración, el único portador del bonapartismo en contra de las ilegales aspiraciones del príncipe Jerónimo.

VOZ FEMENINA.— Discordias, ¿para gobernar sobre qué? Controversias por apoderarse de la sombra de una nube en el agua. Luchas hueras.

EUGENIA VIEJA.— Una emperatriz tiene que serlo hasta la muerte. No está en su mano decir una mañana: “Ahora soy ya una viuda; voy a administrar mis rentas, voy a vivir encerrada el tiempo que me quede.” Cuando murió mi hijo...

EUGENIA JOVEN.— (Aterrada.) ¿Él tiene que morir?

EUGENIA VIEJA.— Sí, te lo matarán en África, pequeña. En una escaramuza insignificante, por descuido, sin saber ni quién era, sin gloria, en una guerra no declarada, que además era inglesa. Te lo acribillarán de flechas, igual que a un aguilucho. A los veintitrés años. Se acabó. Ese fue el telón último de una obra de teatro mal escrita. Desde entonces se emborronaron las cosas, los sentimientos, las noches y los días. Hago el esfuerzo de interesarme por el mundo, pero sólo a duras penas lo consigo. Yo fui Eugenia. Ahora soy esta oscura viajera, que trata de distraerse con lo que a otros apasiona. Es el turno de ellos. El mío ha transcurrido hace ya mucho tiempo. Más de la mitad de mi vida ha sido completamente inútil

VOZ FEMENINA.— Ojalá no haya sido inútil toda tu vida.

EUGENIA VIEJA.— A veces me pregunto qué entiende de nosotros esa voz que nos habla. Nos echa en cara el desamor, la codicia, el orgullo, como si esas pasiones no nos hubiesen sido dadas; como si alguien, más próximo a ella que a nosotros, no nos hubiese privado desde el principio del amor y del júbilo. Las vidas no son un acto y otro y otro: son la suma de todos. Las cosas se hacen bien y se hacen mal. Es el último resultado el que cuenta. O ni siquiera el resultado, sino acaso la intención solamente. Qué imposible es juzgar.

EUGENIA JOVEN.— Pero, ¿valió la pena? Esos momentos inolvidables tuyos, aún no los he aprendido, no me sirven aún. Y luego todo se hunde en la negrura ... ¿Valdrá la pena que yo salga de aquí?

EUGENIA VIEJA.— El río va hacia el mar, no hacia su fuente. Y vivir siempre merecerá la pena. Aquí, o en otro sitio. Una pena va arrastrando la otra, va borrando a la otra, va mereciendo a la otra... Hace poco, en el jardín de las Tullerías, que fueron mi jardín y mi palacio, cortaba yo paseando una rosa. Un guardia se acercó para reconvenirme y sancionarme. Me preguntó mi nombre. “Yo me llamo Eugenia”, le contesté. Por el aire y el tono reconoció quién era. Doblando la rodilla, me alargó con devoción la rosa. Era Francia otra vez. Quizá un gesto menudo sirve mejor para secar el llanto. Medio siglo arrastrando este luto, y es ahora cuando todos con más agrado me reciben. Visito a mis muertos, hablo con mis fantasmas. Ya me están reclamando. Nada tengo. Estoy sola. Y no quiero vivir.

EUGENIA JOVEN.— Yo también estoy sola, y desdichada y triste. Pero quiero vivir.

EUGENIA VIEJA.— Es preciso que vivas para llegar a ser lo que ahora soy. (Muy cerca de ella.) Mírate en mí.

EUGENIA JOVEN.— No, no, no.

EUGENIA VIEJA.— Me gustaría morir aquí, en Granada, de donde acaso no debí salir.

EUGENIA JOVEN.—Yo no quiero ser tú. Nunca. Nunca ser tú. (Corre cuesta abajo.)

EUGENIA VIEJA.— (Levantando la vista desde la joven hacia Granada.) A mí tampoco me gustaría ser tú. Empezar otra vez: cuánta pereza.

VOZ FEMENINA.— Es hora ya de despertar, Eugenia. Es hora de morir.

(Sobre el rostro de EUGENIA VIEJA dormida en el jardín de Dueñas.)

OTROS TEXTOS

EL MITO DE LA LIBERTAD

Siempre me fascinó ver cómo se trenzan el apasionado deseo de libertad y el apasionado temor a la libertad. Kierkegaard definió la angustia como el temor de lo que se desea: de ahí que angustia y libertad coincidan con frecuencia, y de ahí que existan pocos temas tan intrínsecamente dramáticos. Yo lo traté en *El cementerio de los pájaros*. Y en mi pieza teatral *Séneca o el beneficio de la duda*, el protagonista, dice: “¡Libertad! qué cansancio me produce esa palabra. ¿Qué es lo que significa, y para quién? Para unos, la eficacia de un gobierno; para otros, la garantía de que podrán ganar y derrochar; para otros, la posibilidad de expresarse sin censuras; para mí, el consentimiento a un orden muy superior a cualquier gobernante. Porque, ¿de qué sirve una forma de gobierno? ¿Mejora acaso al hombre? Toda mejora es interior: la política es solo una ayuda indecisa”. La libertad es un concepto ambiguo y discutible. Casi un inefable. Son demasiadas las interrogaciones que suscita, e insuficientes, sin embargo, las reflexiones. No es algo con que, de manos a boca, podamos tropezamos en la calle, ni tampoco algo que pueda ejercitarse en soledad. Para existir requiere presupuestos casi contradictorios, e igualmente para dejar de existir. No es verosímil que nadie sea forzado a ejercerla; ni tampoco que a nadie, en el último fondo de su alma, le sea arrebatada. Por eso se plantean tantas cuestiones clave en la historia de este mito, tan inasequible como interminable, al que llamamos libertad.

Porque, ¿en qué consiste? ¿Es algo positivo, que se posee y se goza? ¿Es, más bien, una ausencia de apremios que, al cesar, nos permiten movernos con soltura? Y tales apremios, ¿son exteriores siempre, o proceden a veces de nuestro interior? Es decir, ¿será la libertad el resultado de una batalla que el hombre riñe con la sociedad, o de una batalla en la que cada hombre es el campo y su propio enemigo? ¿Qué es lo que impulsa al hombre a luchar por la libertad hasta la muerte? ¿Y qué es lo que lo impulsa a doblegarse ciegamente a otros también hasta la muerte? ¿Puede la libertad ser una carga tan gravosa que sea insoportable para alguien? ¿No es, pues, siempre una liberación? ¿Puede afirmarse que el hombre actual es libre? ¿O puede afirmarse que se engaña incluso cuando dice “quiero ser libre”? ¿La libertad es igual para todos? ¿No entenderemos a quienes —es tan corta la vida— desean sojuzgarse bajo una esclavitud que les permita vivir cómodamente? ¿Ha de ser cada hombre un héroe, un Sísifo incansable ascendiendo en vano hacia su libertad? Y, en definitiva, ¿se trata de un instrumento o de una esencia? ¿De una contingencia o de

una necesidad? ¿Y será tan esencial como para definir lo que es humanidad; tanto como para distinguir al hombre de los demás seres? Somera, breve, cordialmente intentaremos responder a estas preguntas.

El hombre trasciende el mundo natural: es una vida consciente de sí misma. (Un náutico ahogándose en el mar es más grande que el mar, porque el náutico sabe que se muere y el mar no sabe que lo mata). ¿Qué es lo que lo sobrepone a la Naturaleza? Una parte preternatural que adquiere en un momento –no dado, sino conseguido– peso y talla; una resolución que puede apartarlo del instinto, lentísimamente fijado por la especie, o le permite elegir la manera de satisfacerlo; la oscura capacidad de suicidarse contraviniendo todo orden; el lujo de condimentar y guisar los alimentos antes de nutrirse con ellos ... O sea, el hombre sólo es hombre cuando es libre: de obrar o de no obrar, de elegir o abstenerse, de amar o ensimismarse. Libre de, liberado de. Tal es el punto de partida. Tal es el primer paso que da, balbuceante aún, la libertad. El hombre se desliga de su parte animal, adquiere noticia transmisible de sí mismo, supera al obediente que lleva dentro, inventa, crea, se defiende de la Naturaleza, progresa, y avanza progresando hacia su, muerte, cuya a la oscura le ensombrece la vida.

Esto lo saben todas las cosmogonías. Desde las orientales a las historias simbólicas de Deucalión o Prometeo. El hombre que hoy somos comienza con un grito. Se rebela contra sus dioses. Traspasa un mandato que lo tenía adormecido en un edén dócil, como un animal doméstico y mimado. Pero Prometeo arrebató el fuego de los cielos en un gesto blasfemo. Pero Adán muerde el fruto del árbol prohibido: el árbol de la ciencia del bien y del mal, del conocimiento y la responsabilidad: o sea, el árbol de la razón. El hombre ha alargado la mano, ha cogido una fruta y la ha comido. Ya ha comenzado todo. Con la desobediencia a cuanto, desde dentro y desde fuera, le exigía una ciega sumisión. A su alrededor toda seguirá igual: aves, florestas, fieras, montañas y estaciones. Pero nada volverá a ser igual ya para el hombre. El primer gesto libre es, por tanto, un gesto racional de insubordinación. (De ahí que para muchos –eclesiásticos o proeclesiásticos– la libertad sea el equivalente del pecado. Aunque, para los mismos, sin ella no habrá ni verdadero cielo, ni verdadero infierno, ni verdadera vida que los valga). El hombre, expulsado del monótono edén, se convierte en jugador de su destino: un destino trágico (la vida es una historia que siempre acaba mal, puesto que siempre acaba). Se ha enfrentado a los dioses; sabe que está desnudo; siente vergüenza y frío y pasiones y hambre. Es más débil que otro animal cualquiera; es, no obstante, rey de todos. El primer acto humano fue quebrantar un mandamiento. Es posible que, con dolorosa y excesiva frecuencia, ser hombre consista precisamente en rebelarse; y ser libre, en sublevar la frente, y recibir el insaciable y penoso castigo de los dioses. Ser libre es elegir, pero también hacerse responsable, por haber elegido, de lo que se ha elegido.

Ya es libre el hombre: de los dioses, de sus temores y sus desconuelos, de los embriagadores paraísos, de la primitiva Naturaleza. ¿Y qué hará ahora? Porque el libre está solo: no forma parte de una manada o de un rebaño. Es un individuo distinto de los otros, y sociable. La sociabilidad es su esencia también. Busca a los otros para protegerse; necesita relacionarse con el mundo exterior; huye del aislamiento... Ahí aparece la primera condición y la primera prueba de su libertad. La soledad conduce a la inhumanidad; la libertad se ejerce entre los semejantes. Ni Robinsón Crusoe está solo: está con su esperanza (la esperanza de la huella de un pie humano en la arena); con Viernes, o con el presentimiento de Viernes; con la ilusión de contar a los otros su aventura. El hombre solo deja de ser un hombre. El *zoon politikon* no es animal político, sino animal sociable. Pero, ay, será esa sociedad por él formada la que comience—como los dioses antes o la Naturaleza, si no de qué otro modo— a plantear problemas a su libertad: a coartarla, a frenarla, a dirigirla. De forma parecida a la del amante que, elegido el amor con libertad, tiende las manos fiel a su cadena, intrépido y cautivo a la vez, libre para dejar de serlo, libre hasta dejar de serlo: una turbia y reiterada expresión de la libertad.

Así se plantea la distinción primera. De un lado, *la libertad de*, la que rompe los lazos irracionales; la que, en apariencia válida, consiste en una especie de proclama interior, imposible de ser arrebatada por tiranías y por inquisiciones. (En principio, sólo en principio; ya veremos como infortunadamente no es así. Un hombre que no tiene cubiertas sus necesidades biológicas está animalizado todavía: *primum vivere*. Una gran parte de la Humanidad es, para vergüenza nuestra, aún infrahumana). De otro lado, *la libertad para*. Porque la libertad no es un concepto estático, ni teórico: surge en función de una actividad, de un desenvolvimiento, de una realización. Y cuando el hombre libre actúa en sociedad, se enfrenta o colabora, coopera o litiga con otros hombres libres. Esa es la raíz de sus dificultades. Y también lo que los diferencia a unos de otros en tres grupos principales. Primero está el hombre que prefiere su libertad a cualquier otra cosa, la primogenitura de su libertad a cualquier plato de lentejas; él entiende que, por absolutas que sean las fuerzas opresoras, nadie debe abdicar de la obligación de ser libre; él entiende que quien se opone a la libertad—así sea uno mismo— comete el más grave de los crímenes: atentar contra la esencia del hombre. Esta palpitación, vital y mortal, es la que lo define. Tal hombre buscará prosélitos, porque comprende que, mientras quede alguien que no sea libre, no seremos de verdad libre ninguno. Y se debatirá luchando quizá en balde, a conciencia de que el ejercicio de la libertad no es ni una defensa ni un ataque, sino un aprendizaje largo, común y solidario... Pero junto a él hay otros hombres que se resignan a las exigencias de una sociedad transformada en enemiga de quienes la componen. Que se resignan a los recortes de libertad, a la estandarización inevitable (se gobierna mejor un rebaño que una suma de individuos distintos), al igualamiento de las puntiagudas e imprevisibles aspiraciones de los hombres...

Y hay otros, finalmente, que buscan, con un ciego horror vacui, la sumisión, el comatoso olvido en la masa, la vuelta al paraíso anterior a la razón y a la libertad, la descansada dimisión en conductores, en líderes, en jefes, en fanatismos, en religiones, en ideologías.

Miremos avanzar la historia colectiva. Por hablar de nuestra área cultural, en la Edad Media el hombre goza de pocas libertades, aparte la de salvarse o condenarse en otra vida, no en ésta. Pero está acompañado: pertenece a un pueblo, a un dueño, a una estabilidad geográfica, a un oficio y a un gremio que marcan los precios y el mercado, a un estatus dentro de su ciudad y su trabajo. Las restricciones de la individualidad son excesivas. Hasta que llega la aurora del Renacimiento. En ella brota, como una flor indecible, la dignidad del hombre y el orgullo de serlo, la búsqueda ardorosa de la fama entre los semejantes vivos o futuros, el ansia por la belleza –un sentimiento inédito hasta entonces–, el afán de un trabajo ennoblecido y personal, firmado por sus propios autores –no como en los anónimos artesanos medievales–. El Renacimiento es el gran salto hacia la individualización, hacia la diversificación de la libertad, ya concretada en muchas libertades: la religiosa, la sociológica, la laboral, la intelectual o la viajera. El mundo sufre la conmoción de descubrirse a sí mismo redondeándose con América, mientras el individuo se descubre a sí mismo también y se endiosa. Florece entonces la semilla del hombre en plenitud. Del que no ve la cara de ningún dios y, a pesar de eso, anhela la serenidad para actuar serenamente; del que no se cubre las espaldas con otra vida póstuma y, a pesar de eso, vive valerosamente ésta. Germinó el individuo. El hombre aprendió a ver. Y se vio más pequeño y más grande que el mundo. Percibió que el universo estaba vivo, y que se le brindaba. Todo a su alrededor fue signo, enlaces misteriosos, entropías, analogías, correspondencias sutiles, simpatías desconocidas. Y él en el centro, cambiante y perceptible, capaz de ascensiones y descensos, replicador e interrogante; colocado, sin patria fija, entre el cielo y la tierra; reclamado por la mortalidad y la inmortalidad; libre de darse forma y de deformarse, de buscar la maldad y la bondad. O de sentarse a comer y a beber aguardando la muerte. Percibió, sobre todo, que su razón personal no tenía por qué adherirse sin condiciones a la del universo, y que de una y otra debía salir la explicación de ambos. Y dedujo dos consecuencias fulgentes y costosas: que el destino podía ser escrito por cada uno, y que cada uno era absolutamente responsable de sí mismo. (Porque la falta de responsabilidad individual es atractiva: se descansa en ella; pero es también un error y una derrota). Por lo tanto, la vida se transformó en una aventura peligrosa y plena de sentidos, que había de vivirse con pasión, de uno en uno, sin delegar en nadie... Eso hizo nacer su soledad.

Pero ¿pensaron así todos los hombres? El Renacimiento fue promovido por unos nuevos impulsos económicos. Los que no disfrutaban del poder o de la riqueza se

vieron más sometidos que antes. Cohabitó el individualismo con el despotismo; se afirmaron las desigualdades; se desmesuró la libertad hasta la tiranía. El Renacimiento fue una cultura de ricos y de nobles y de artistas; de hombres fuertes, de espíritus capaces de soportar la duda, la soledad interior, el peso de los anhelos estéticos, y el balbuceo de una nueva época. Los pequeños comerciantes, los burgueses modestos, los contentadizos, ¿qué pintaban allí? No participaron de la fiesta y, por añadidura, habían perdido el sosiego medieval: es decir, el acatamiento que compensa tanto a muchos; la vida como una herencia estricta, establecida, transmisible de padres a hijos; la fe del carbonero, sin aristas ni dudas; el inmóvil orden social convertido casi en orden natural; el destino trazado de antemano; el destino avanzando por rieles, como una vagoneta, sin sorpresas, hasta el infierno o hasta el cielo. Allí todo estaba claro: dios nos ama; somos una tesela de un mosaico infinito; al nacer se designa nuestra misión y nuestro sitio: familia, feudo, tarea, ciudad, nación y lengua. Se puede ser un hombre casi sin despertarse. Pero el Renacimiento hizo añicos semejante somnífero.

Sembró el desastre; envenenó las relaciones humanas. Los campesinos, los medios y bajos ciudadanos, los jornaleros, los comerciantes desdeñados veían una fiesta a la que ellos no fueron, al parecer, llamados. Y ese movimiento social de insatisfacción, con el primer pretexto, fue lo que provocó la Reforma protestante. En ella el tiempo es ya oro: las campanas de Nuremberg comienzan a tocar los cuartos de hora; el trabajo se transforma en una palanca de afirmación y crecimiento; se desdeñan las instituciones eclesíásticas por su improductividad, por la esterilidad de sus bienes de manos muertas; reinan el principio de la eficacia y la persecución del éxito. (El éxito como signo de la predestinación favorable de dios, y su reflejo en este mundo). El individuo no es ya invariable –el Renacimiento hizo saltar por los aires las férreas estructuras sociales y económicas–, sino que puede medrar, apoyarse en su esfuerzo, quebrar las tradiciones. En definitiva, ser libre. En este instante el hombre cambia de carácter, sobre todo en las sociedades anglosajonas: el trabajo se erige como eje vital y camino de salvación; aparecen el ahorro, el ascetismo, el concepto omnipresente del deber, el puritanismo de las costumbres, la tendencia a ofrecer la propia vida para los fines de un poder extrapersonal; y se multiplican también en consecuencia la indefensión, la soledad, el anonadamiento. Se es libre a costa de muchas renunciaciones, bajo muchas sollicitaciones. Y así el hombre de esa época echa los cimientos del moderno capitalismo. Este es el camino que conduce a nosotros.

Al liberar espiritualmente al hombre, el protestantismo inicia la tarea que el capitalismo concluyó. La libertad económica se consigue a través de la diligencia, de la capacidad, de la austeridad, del valor, de la suerte. Al final, el éxito o el fracaso; pero cualquiera puede llegar a ser cualquier cosa. (Hasta presidente USA; el self-

made—man tiende a confundirse con el superman). Se abandonan las supersticiones celestiales o infernales: el combate está aquí; la Naturaleza es dominada, regulada, explotada; los hombres reciben idénticas oportunidades. Perdieron el pavor, pero la ilusión también. La economía es la reina; pero tiene una suplente: la libertad política. La Revolución francesa, la revolución industrial inglesa, la guerra de independencia de los Estados Unidos conforman el Estado democrático moderno. En él, el hombre se desliga de la política para seguir trabajando en asuntos más serios; pero elige a sus representantes y cuida así, de lejos, del bienestar general (que repercutirá, sobre todo si se malogra, en su bienestar personal).

Pero el protestantismo también produjo un efecto negativo, que el capitalismo recogió. La iglesia católica era un puente entre dios y los hombres: un puente vicario, aprovechado, simoníaco, pero consolador. El protestantismo —con el libre examen, la libertad de pensamiento y de obra (crede firmiter, pecca Jortiter), y la gelidez de la teoría calvinista de la predestinación— deja a los hombres solos frente al dios. En el catolicismo Dios era amor; en la Reforma, Dios, omnisciente, sabe quién se condenará o se salvará, y a pesar de su omnipotencia no lo ayuda. El implacable rigor de tal sanción inmodificable consterna el alma del hombre. Se siente más aislado que nunca, más abandonado a sí mismo en el reino de este mundo, que es el único que depende de él. Aquí sí cabe la lucha: si se conocen las fuerzas de los contrincantes, y se evitan los desvaríos económicos de la colectividad; si se tiene bravura y gusto por el riesgo. La vida se transforma en una compraventa: puede ganarse en ella, pero están todos frente a uno. Uno es el centro y el fin de esta sociedad. Todo lo hace para sí; el autointerés es todopoderoso. Una deformación del egoísmo hace que el capitalismo caricature la insignificancia humana que consagró Calvino. El insignificante, para sobrevivir, se hipertrofia y se hincha. Pero hipertrofia e hincha un ego que no lo representa y que no lo define.

En la Edad Media, en efecto, el dinero era del hombre: un simple medio de sustento. Hoy el dinero es un fin, y el hombre se pone a su servicio (dentro de una maquinaria inmisericorde, que persigue propósitos ajenos a su propia intimidad). Se mueve para obtener un beneficio, invisible a menudo, que no se emplea en mejoras personales, sino hacia un nuevo y mayor beneficio. Sus antiguos aliados — Estado y sociedad— engañan al hombre: la acumulación de capital, el consumismo, la cultura del usa y tira no favorecen su progreso. De ahí que el individuo se pierda en un desierto solitario, sin trabajar ya para sí y para su cumplimiento, sino en función de fines pretendidamente superiores entre los que su pequeña alma se asfixia. Ahora vemos tres paradojas: 1ª) cómo la aparente contradicción del hombre (por una parte aislado y, por otra, incapacitado de amar e interesado solo en sí mismo) lo conduce a una especie de esquizofrenia colectiva, de desdoblamiento vertiginoso, tan frecuente en la civilización que disfrutamos. 2ª) El capitalismo, por

un lado, consiente ciertas libertades, pero vacía el corazón del hombre de lo que precisamente lo hace tal hombre; mientras, el comunismo satisfizo sus necesidades elementales y biológicas y lo liberó de ellas, pero constriñó aquellas otras libertades sin cuyo uso la primera se queda desprovista de sentido. (Es el, “¿libertad, para qué?”, de Lenin). Y una 3ª paradoja: los materialistas y deterministas, que creen imposible la libertad, son más respetuosos con su ejercicio que los que dan por supuesto que el hombre es libre, sí, pero con el único fin de castigarlo si rompe las estrictas normas convencionales. Así ratificamos qué delicado, confuso y explosivo es el tema de la libertad.

Detengámonos, pues, para ver cuál sea la situación del hombre de hoy al respecto. Se nos llena la boca proclamando que en nuestra área cultural el hombre ha sido por fin liberado de sus cadenas, de las necesidades que lo animalizaban, del autoritarismo religioso o político que lo estranguló. Pero ¿es cierto? Porque, junto a una libertad creciente –en teoría: lo desmiente la práctica–, brota un ansia descarada de dependencia y sumisión. Hay una aceptación –no siempre expuesta o reconocida– de los regímenes totalitarios, todavía demasiado próximos a nosotros como para echar en saco roto sus advertencias: comunismo, nacionalsocialismo, teocracias, fascismos, dictaduras, regímenes carismáticos. Pero, aún antes de referirnos a tales sometimientos externos, observemos aquéllos otros –podadores o taladores de la libertad– que el hombre alberga –él mismo– en su propio corazón.

Hablemos, por ejemplo, de la libertad religiosa. A todos nos parece reconocida y garantizada. Pero ¿para qué le sirve tal libertad a un hombre que ha perdido su credulidad, su capacidad de fe, o que bascula de una en otra secta sin que, fuera de sí, se pose ya en ninguna? ¿De qué le sirve la tan cacareada libertad de opinión, si no tiene opiniones personales, y la sociedad se ocupa de que se atenga a las que –de pret a porter o de Reader’s Digest– ella le suministra? ¿De qué le sirve la libertad de expresión, en un mundo en que los hombres obran ad exemplum –es decir, no conforme a la razón, sino a la mayoría–, y cada cual es fan de alguien al que copia, y la sociedad, a través de eslóganes y antenas, le impone sus criterios económicos, estéticos, políticos y bélicos? ¿De qué le sirve al hombre la libertad de acción o el ejercicio libre de su libertad, si las aspiraciones que con todas sus fuerzas cumple son sólo en apariencia suyas? Qué pocos los que se preguntan cuáles son en realidad sus verdaderos deseos; los que se preguntan si aquello por lo que se dejan la sangre y la vida no es más que lo que escuchan decir a la radio o a la televisión que merece el sacrificio de su vida y su sangre. ¿De qué le sirve al hombre una libertad de decisión embadurnada por coacciones subliminales o expresas? Hoy, una decisión personal, planeada, de dentro a fuera, es algo insólito. (Sin embargo, pertenecemos a una sociedad que descansa, constitucionalmente, sobre las decisiones autónomas e individuales de sus miembros). ¿Puede alguien decirme de qué le sirve al hombre

haberse liberado de las trabas que apenaban a nuestros antepasados, rotas por nuestras democracias de que tan orgullosos nos sentimos? Mirémonos anegados en prohibiciones, impedimentos, límites y angustias; echando de menos, entre la cantidad de nuestras numerosas libertades pálidas, la calidad de una básica y esencial: la que nos permita realizar nuestro yo, y creer y esperar en nosotros mismos y en la vida. ¿Quiere alguien decirme para qué sirve la libertad de elección a cada hora del día y de la noche? Porque la publicidad ha acabado con ella, dirigiéndose no a la razón, que es el verdadero campo de la libertad, sino a la emoción, que es más fácil de seducir. La publicidad emplea métodos irracionales de sugestión: la repetición, la confusión del atractivo con un perfume, de la realización con un coche, del amor con un piso. Y el hombre dimite, ante tales mensajes, de su capacidad de juicio; se abandona, atado de pies y manos, a los verdugos de la publicidad. Y lo mismo sucede con su libertad de participación política. Porque, ¿qué elecciones son las de hoy? Desmochada cualquier crítica, inutilizado cualquier raciocinio, se trata de vendernos al candidato más hábil, o más guapo, o más rico. Frente a poderosos partidos, el anonadamiento del seudoelector es evidente. Sólo cuenta con dos o tres opciones bien promocionadas; dos o tres productos en oferta. Como dice mi Séneca: “Antes se elegía al jefe entre todos por su alma: ¿quién sabe ya lo que es el alma? Ahora se piensa que el mejor es el más ostentoso. La democracia no era antes elegir una vez y someterse luego al elegido; fue mucho más: colaborar con él y seguir eligiéndolo día a día. Ahora, aquella libertad de elegir, corrompida, se ha transformado en esclavitud bajo el que manda. La libertad ha muerto”. Es verdad: la propaganda comercial y la política usan los mismos métodos contra la libertad de quien elige: lo hacen creerse imprescindible, lo adulan, lo envuelven, lo manejan, lo engañan.

Y a estos trampantojos internos, provocados por la jungla exterior, agréganse los temores a la complicación de un mundo que le excede, y unas leyes económicas que ignora o no comprende (hipermercados, macroeconomías, macrocosmos, bolsas, inversiones inversiones ininteligibles) y la intimidación del paro, de la vejez, de la guerra o de la soledad. Y después de esto, ¿qué queda en nuestras sociedades de la libertad de que tan ufanos nos sentimos? El hombre actual está a punto de ser descerebrado y llenada su cabeza de frases y pensamientos y opiniones prefabricados; un hombre henchido, para que no ose mantener ninguna idea rebelde u original, con datos que en lugar de acercarlo lo alejan del conocimiento; un hombre asaltado por miles de informaciones que han acabado por deformarlo y hacer que considere relativa cualquier verdad; un hombre anegado de confusiones, provocadas por buena parte de quienes deberían transmitirle la cultura; un hombre que oscila entre el escepticismo y el cinismo, o se conforma con aceptar como un niño desvalido lo que cualquier poder, sin darle explicaciones, le asegure; un hombre a cuyos ojos se ha destruido la estructura del mundo, y se han extirpado a la vida sus más

altos fines: porque uno y otra son para él un trivial pursuit, sin más objeto que ganarle la partida al contrario. El hombre actual no se plantea la cuestión previa a todas: ¿Han nacido los pájaros para volar? ¿Ha nacido el hombre para razonar y ser libre? No; las alas de los pájaros, la razón y la libertad del hombre no son más que instrumentos para alcanzar algo. El universo entero gira asombrado en tomo a una interrogación: ¿para qué? ¿Hemos nacido para morir? No; se muere, pero la muerte es otro enigma distinto. Antes de morir está el enigma de la vida. ¿De la vida sólo? ¿Vivir para vivir? La indiferencia ante estos temas nos produce un vacío de inimaginables consecuencias. Las concepciones del destino, de la serenidad, de la vida y la muerte no se han acompasado a nuestro aparente progreso, ni a nuestra proclamada inteligencia.

De ahí que yo considere las más grandes palabras de nuestro idioma dos que son brevísimas: yo y no. Yo, como afirmación de la individualidad; no, como amparo contra todo lo que quiere invadirnos y arrebatárnosla. Pero en la afirmación del yo se solapa otro peligro. Porque junto al yo real existe otro yo social. Es aquél por el que actúa y se mueve el hombre de hoy: ese hombre que desconoce su yo real (y no osa investigarlo), cuya frustración despierta la codicia del yo social: un yo despersonalizado, similar a los otros, que teme ser distinto y que hace del hombre un autómatas identificado con su alrededor, y receptor de unas consignas ante las que se doblega. Un yo social que es un papel repartido por los poderosos (sucesiva o simultáneamente: Iglesia, Estado, conciencia, sentido común u opinión pública como instrumentos del conformismo); un papel representado por actores que olvidaron sus propios sentimientos o que jamás los conocieron, y que son sólo robots que se hacen ilusiones de ser individuos dotados de libertad. Como en el Calderón del libre albedrío: “Sueña el rico en su riqueza, / que más cuidados le ofrece; / sueña el pobre que padece, / su miseria y su pobreza; / sueña el que a medrar empieza, / sueña el que afana y pretende, / sueña el que agravia y ofende, / y en el mundo, en conclusión, / todos sueñan lo que son, / aunque ninguno lo entiende”. Y cada uno piensa, siente y quiere lo que cree que los demás suponen que –por su condición o por su estatus– él debe pensar, sentir o querer. Y cuanto mayor sea la pérdida de identidad, más profunda será la exigencia de servidumbre. Porque el hombre actual se pregunta: “Si no soy lo que los otros piensan, ¿quién seré?” Nadie. Nada. Se le desvae, buscándola, la personalidad, y sobreviene la paranoia. Nos proponen que seamos diferentes, pero nos visten con ropas idénticas y marcas idénticas y coches idénticos. Nos aferramos a clanes que nos individualicen y nos distinguan, pero somos seres intercambiables, que galopan hacia la frustración y la locura.

Es decir, el hombre se ha desatado de los obstáculos y de los vínculos que le impedían pensar y obrar libremente; el hombre, hoy, estaría dispuesto para actuar según su voluntad. Pero, ay, no la tiene, y además ya no sabe. Se ha perdido a sí mismo. Y

tras su máscara de euforia y de satisfacción por vivir en una época tan avanzada, oculta un clamor de soledad en el universo, y de impotencia. En sus manos tiene una vida que, al no ser vivida, le conduce a la desesperación. Y lo pone al borde de admitir cualquier ideología o cualquier líder o cualquier moda o cualquier droga. Con tal de parecer diferente sin serlo. Con tal de ser tenido por individuo sin que le obliguen a recorrer el largo camino, afilado y penoso, del pensamiento individual.

Ante una situación tan crucial, ¿qué soluciones caben? Quizá dos. Una, negativa: retroceder; retornar al origen; superar el aislamiento, fusionándose con la Naturaleza, es decir, animalizándose en el edén previo a la manzana; olvidarse de la individualidad y atenerse a la especie; abdicar de la libertad; entregarse ansiosamente a sus enemigos, llámense fascismo o antifascismo, y rendirse con la misma pasión que nuestros predecesores emplearon en sublevarse.

¿Y no habrá una solución positiva: una posibilidad de que aquello que con tanto esfuerzo se logró sea ejercido? ¿Estará el hombre moderno, hasta en sus más altos ideales, abocado al fracaso? Es difícil saberlo. Para salvarse necesitaría un hondísimo strip-tease; una danza de ocho velos, no sólo de siete; una larga travesía por el desierto hasta encontrar un diminuto oasis de libertad, que probablemente no satisfaría a casi ninguno de los exploradores, y cuyas penalidades acobardarían por supuesto a los demás. La solución positiva de que hablo –la libertad auténtica– no puede apoyarse sino en la actuación espontánea de la personalidad, verdadera e irreplicable en cada ser humano. O sea, transcurrirá sobre una doble vía: la libre voluntad no manipulada y el individualismo diferenciador. Sólo por este camino el hombre será libre sin sentirse solo, independiente sin desgajarse de la Humanidad, crítico sin ser devorado por las dudas.

Pero ¿qué entendemos por voluntad libre o espontánea? Una aceptación de la personalidad de cada cual, sin que se reprima parte alguna de ella, sin ocultamiento de aquellas zonas que contradicen la llamada normalidad (una normalidad que se confunde con la costumbre o la frecuencia). La eliminación de las distancias entre Naturaleza y razón, y la integración del hombre como animal racional: Dionisos y Apolo, rectilíneo y curvo, sobrio y ebrio, mágico y censor. En esa espontánea concreción y realización del yo –del yo real, no del yo social: del actor, no del personaje– es donde el hombre se reunirá con el hombre, o sea, consigo mismo y con la Naturaleza, en cuanto ésta debe ser obedecida y no aniquilada. Así el trabajo se convertirá en un acto de creación: no ya un castigo, sino una emanación lógica; no ya algo forzado, sino un derecho totalizador. Así el amor llegará a ser lo que es: una unión con el otro, una afirmación del otro en uno y viceversa; no una eliminación de los pronombres personales, sino su exaltación; un impuso dinámico que no elimina la individualidad, sino que la subraya. Y así, por fin, esta voluntad que trabaja y que ama se instalará libremente en la vida y percibirá sus beneficios:

desde los placeres sensuales e inmediatos hasta la participación en la más noble actividad política, juzgando su entorno y mejorándolo. Tal voluntad espontánea, jubilosa y activa, nos salvaría. Porque nos haría poseedores de lo nuestro; y lo inherentemente nuestro no son las propiedades materiales, ni siquiera las dotes de sensibilidad e inteligencia: lo nuestro es todo aquello con lo que nos relacionan nuestra inquietud y nuestra actividad creadoras. La creación, en un amplio sentido, es lo que importa. No por sus resultados –ni el fracaso, ni el éxito–, sino por sí misma. Porque en sí lleva su propio gozo, su propia vibración, su implicación en el mundo irradiante. La vida nos posee a nosotros, no nosotros a ella: somos su cauce y su utensilio. Lo que define a un ser vivo es que vive, es decir, que transcurre y que se arriesga. Porque el reino del hombre, como todo reino, está junto a un abismo.

Y la segunda vía por la que avanzará esa posible solución positiva es la individualidad. Cada yo real, cada hombre, es único. Ante la ley todos somos iguales: iguales los derechos a la vida, a la felicidad, a la libertad, a no ser dominados por otro. Pero si, aparte de esto, todos fuésemos iguales, todos seríamos peores. El yo –ese yo distinto en cada hombre– es el poder más alto de este mundo, el contradictor y el favorecedor del nosotros, que sin cada yo no existiría. (Si a un hombre pueden considerarlo un desecho los otros hombres, la Humanidad entera es un estercolero). El individuo es el protagonista temporal de la vida, y jamás podrá ser subordinado a otro fin, y menos aún a ningún medio. Salvo que libremente el yo se subordine. No otra que tal subordinación es la mecánica de los ideales (los elegidos, no los coactivos; los que van a favor de la vida, no los que van en contra) y la mecánica de los sacrificios (incluso el de la vida, cuando el yo real físico deba ofrecerse a los propósitos del yo espiritual, que no debe jamás ser postergado).

Por tanto, en el cumplimiento de la voluntad individual y espontánea es donde se asentará la libertad verdadera. (Nunca conseguida del todo: como el amor, como la vida). Donde se asentará la sociedad verdadera, en la que el fin de la cultura sea el desarrollo y el bienestar del individuo; en la que la vida no necesite justificarse por la riqueza o por el éxito, porque la vida está por encima de esas pamplinas, en la que el hombre no sea reducido ni inmolado por poderes exteriores a él mismo, ya se trate de estados o de resultados o de economías o de amenazas o de religiones. En la que los ideales no sean ya el producto de imperativas y turbias aspiraciones de los dirigentes sino algo, una flor crecida en nuestro propio e intransferible jardín. Así formaríamos una sociedad en que el hombre pueda ser libre sin ser rico, fuerte sin usar uniforme, heroico sin tener que morir, justo sin creer en la inmortalidad, solidario sin estar vigilado, superior sin ser cruel. Yo ignoro, si el mono, perfeccionándose meticulosamente se hizo hombre, pero sé, que el hombre, perfeccionándose se hace dios. Un dios modesto y cotidiano, perecedero y vulnerable, pero dios. Porque la divinidad no reside en la omnipotencia, ni en la

eternidad, ni en la inmutabilidad. Ser dios, quizá consista en ser hombre verdadero, hasta las últimas y mejores consecuencias. He ahí, lo que hemos de proponernos como meta. Nosotros jamás la alcanzaremos. Pero, quizá alcancemos, la esperanza, de que el hombre llegue a ella algún día. Y eso de nosotros, de cada uno de nosotros, depende y os juro que es bastante.

ÍNDICE

Preliminar	9
POESÍA / Primeros poemas	
Elegía del Camino Viejo de Almodóvar	15
Inasibilidad de la belleza	17
Córdoba	19
Perseo	21
El Sur	21
Enemigo íntimo	23
La acacia	36
Valverde, 20	37
Baladas y canciones	38
La deshora	39
Meditación en Queronea	40
Los Sonetos de la Zúbia	51
Testamento andaluz	67
Sierra de Córdoba	67
Playa de El Palo	68
Sevilla	69
Cartuja de Jerez	70
Guadalquivir en Sanlúcar	71
El poema de Tobías desangelado	72
RELATO	
El alacrán	77
ARTÍCULOS	
Transición	81
Ojos de Troylo	85
Toque de queda	87
La otra corrupción	89
TEXTOS DRAMÁTICOS	
I. Si las piedras hablaran	91
Tordesillas: La soledad de una reina	91
II. Paisaje con figura	
Eugenia de Montijo	99
OTROS TEXTOS	
El mito de la Libertad	111

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de abril de 2016
con motivo de la celebración del
Día Internacional del Libro

